EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL DESQUITE,

JUGUETE

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

CEFERINO PALENCIA.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.°
1881.

ADICION AL CATÁLOGO DE 1.° DE MARZO DE 1881.

COMEDIAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Prop. que corresponde
Amor á la patria	1	D.ª Rosario de Acuña	Todo.
El grito de independencia	1	D. Enrique Cevallos	»
El tio Palomo	1	Remigio Vazquez	»
Las travesuras de Lola	1	Manuel Cuartero	»
Los consuegros	1	Enrique Zumel	»
Modesto Gonzalez	1	Sres. Lasala y Palacios	»
Palabra de honor	1	D. Eduardo Navarro	»
Un triunfo de Calderon	1	Juan de Alba	»
Abdicar á tiempo	2	Eduardo Navarro	»
Amnistía general	2	E. Segovia Rocaberti	»
El centenario en la aldea	2	P. Moreno Gil	»
El inspector del distrito	2	Emilio Álvarez	»
El desquite	3	Ceferino Palencia	»
El gran Galeoto	3	José Echegaray	
En el valle de Silay ó la expiacion de un malvado	3	José Sierra	»
Juan Martin el Empecinado	3	Sres. Ferrer y Cuartero	»
La Institutriz	3	D. E. Navarro Gonzalvo	»

EL DESQUITE

JUGUETE EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL

DE

CEFERINO PALENCIA

ESTRENADA

EN EL TEATRO DE APOLO LA NOCHE DEL 5 DE JULIO DE 1881.

MADRID:

Imprenta de La Iberia, á cargo de José Blasco.

LOPE DE VEGA, 23 Y 25, BAJO.

1881.

PERSONAJES	ACTORES	
ADELA	Señora	Tubau.
ANA	Señorita	Rodriguez.
DOROTEA	Señorita	Menendez.
MIGUEL	Señor	Zamora.
EMILIO	»	Guerra.
TORCUATO	»	Riquelme.
SIMON	»	Liron.

EPOCA ACTUAL.

ACTO PRIMERO.

Sala elegantemente amueblada. Puertas al foro y laterales. Balcon á la derecha segundo término.

ESCENA PRIMERA.

ANA y EMILIO. Este sentado en un sillon ó butaca sin reparar en Ana, haciendo números en una cartera. Ana sentada en una silla junto á un velador, leyendo unas tarjetas que va dejando sobre dicho mueble.

ANA. «Luis Ordoñez.—José Iglesias.—
Las de Vega.—El Doctor Pardo.—
El Coronel Castro.—Nuñez.—
Merceditas Ruiz.—Milagros».—
¡Todos, todos, menos él!
(Dejando de leer y con abatimiento.)
¡Menos mi esposo adorado,
todos hoy me felicitan
dia de mi cumpleaños!
¡Ni un recuerdo, ni una frase
ha salido de sus labios!
¡Es natural!... su memoria,
asuntos mucho más altos
la tienen preocupada:
¡los números! (Con amarga ironía.)

EMILIO. (Llevo cuatro.) (Para sí.)

ANA. (¿Eh? ¿Qué tal?)

EMILIO. ¡Hola! ¿Ahí estabas?
(Reparando en su mujer.)

No te he visto... (Sin dejar de hacer números)

ANA. No es extraño:
¡hace tiempo que estás ciego!

EMILIO. (¡Qué torpe soy! ¡Al contrario!)

ANA. ¿Luego no digo verdad?

EMILIO. (Eso es: aquí.) (Sin oirla y abstraido en lo suyo.)

ANA. ¿Con quién hablo
yo?

EMILIO. ¿Eh? ¿Qué decias?

ANA. Decia... Nada. (¡Dios santo!) (Pausa corta)
¿Has visto cuántas tarjetas
mis amigos me han mandado?
Pasan de veinte.

EMILIO. Sí, *negro*.

ANA. ¡Emilio!

EMILIO. (Poniendo el *cuadro*
y despues á la *docena*...)

ANA. ¡Emilio!

EMILIO. ¿Qué?

ANA. ¡Por los clavos
de Cristo!...

EMILIO. Di cuanto quieras.

ANA. Pero si te estoy hablando...
¿Recuerdas qué dia es hoy?

EMILIO. ¿No es viérnes?

ANA. ¡Sábado!

EMILIO. (Procurando ayudar á su memoria.)
¿Sábado?
(Siguiendo distraido y contestando maquinalmente)
¡Me alegro! (Estaré de buenas.)

ANA. ¿No caes?..

EMILIO. La verdad, no caigo...

ANA. Pero hombre, ¿en qué mes vivimos?

EMILIO. En... Febrero.

ANA. Si es en Marzo...
y estamos á veintisiete.

EMILIO. ¿Y qué? (Despues de quedarse un momento parado.)

ANA. ¡Ingrato!

EMILIO. ¿Eh?

ANA. ¡Ingrato!

ESCENA II.

DICHOS.—Miguel.

MIGUEL. ¿Eso es por mí?
ANA. Nó, señor,
es por tu entrañable hermano.
MIGUEL ¿Sí? ¿Pues qué?...
EMILIO. (Que continúa como en la escena anterior.)
No sé qué tiene
ni por qué se ha incomodado.
MIGUEL. Siempre habrás dado motivo...
EMILIO. ¡Mira, déjame!
ANA. Me marcho. (Medio mutis.)
MIGUEL. Pero oye...
ANA. ¿Qué?
MIGUEL. Aún no me has dicho
qué te parece este cuarto.
¿Te gusta?
ANA. Sí.
MIGUEL. Ya lo creo;
como Adela y yo habitamos
el de enfrente, y de ese modo
vives de tu hermana al lado...
ANA. Igual que nosotros dos;
aunque sospecho que el cambio
de inquilinos, para tí
no ha sido muy de tu agrado.
La viuda que aquí habitaba...
MIGUEL. No hagas juicios temerarios:
es una señora... (viuda),
me consta, puedo afirmarlo;
sólo que Adela, tu hermana
—que es la que te habrá enterado,—
tiene celos de su sombra;
pero créeme, infundados,
porque yo... (Lo cierto es que
no ha sido por no intentarlo.)
Ana. Sí, sí; tanto tú como éste
¡jamás habeis roto un plato!

¡Ea! Hasta luego.

MIGUEL. ¡Y felices!

ANA. ¡Felices!... Eso á tu hermano.

MIGUEL. Pues ¿no es hoy tu dia?

ANA. Cierto;
pero el que tiene el encargo
de hacer felices mis dias
se cuida tan poco...

MIGUEL. ¡Ah! Vamos...

ANA. ¡Adios! ¡Que almorzamos juntos!

MIGUEL. Sí, ya sé.

ANA. Solos los cuatro.

MIGUEL. Nó, yo no sé si podré,
y á decirte eso he pasado.
Tengo una cita...

ANA. ¿Una cita?...

MIGUEL. Quiero decir... (¡Soy un sándio!)
que almuerzo hoy...

ANA. ¡Eso es escusa!
¿Con quién?

MIGUEL. Con un candidato
á senador; la política
le convierte á uno en esclavo...
Tengo que ir luégo á las Córtes
á ver á dos diputados...
y desde allí al Ministerio,
y... ¡Te digo que estoy harto!
Pero otro dia cualquiera...
Quizá me escape hoy un rato.

ANA. ¡Solas! (Muy afligida.)

MIGUEL. ¡Vamos, no te apures!...

ANA. ¡Apuesto á que ese inhumano
se va tambien!

MIGUEL. ¿Por qué causa?
¡Él no está tan ocupado
como yo!

ANA. ¿Ves? Ni aun me oye.
¡Me voy de aquí! (Váse.)

EMILIO. (¡Dí en el clavo!)

ESCENA III

EMILIO.—MIGUEL.

EMILIO (Loco de contento y para sí.)
Una peseta á esta *línea*,
dos duros á este *caballo*,
ocho pesetas á *nones*
y otras ocho al *encarnado*.
¡Ya hallé la combinacion!
Voy ahora mismo...

MIGUEL. ¡Despacio!

EMILIO. ¡Déjame, que estoy de prisa!

MIGUEL. Tambien yo.—Pues es el caso...

(Deteniéndose al ver que su hermano se ha entrado en el cuarto de la derecha. Emilio sale y entra cuando el actor lo tenga por conveniente y á la par está trocando el traje de casa por el de calle.)

Pero hombre...

EMILIO. Sigue, que te oigo.

MIGUEL. Nó; ¡ven aquí!

EMILIO. ¡Qué pesado!
¡Si te oigo perfectamente!
Continúa. (¡Soy un sábio!)

MIGUEL. Pues bien; yo, por impedírmelo
un asunto reservado
que reclama mi presencia,
hoy no puedo acompañaros
á comer. ¿Me has entendido?

EMILIO. Sí, que te vas. ¡Bribonazo!...
haz lo que gustes.

MIGUEL. Es que...

EMILIO. ¿Qué?

MIGUEL. Si los dos nos marchamos
y las dejamos solitas,
hoy que es dia señalado...

EMILIO. ¿Señalado?... ¿Pues qué es hoy?...

MIGUEL. ¡Hombre, si es el cumpleaños
de tu mujer!

EMILIO. ¿Eh?

MIGUEL. Lo que oyes.
EMILIO. ¡Toma!... ¡pues ya está explicado
su enojo conmigo!
MIGUEL. ¡Pues!
La manera de enmendarlo
es que ahora mismo, al momento,
hecho un borreguito manso,
vayas á su gabinete
y confieses tu pecado.
EMILIO. ¡Eso es; y quedarme en casa
y no salir ahora!...
MIGUEL. Es claro.
EMILIO. ¡Pues es turbio!
MIGUEL. ¡Bah! Despues
que la pobre me ha rogado
con lágrimas en los ojos!...
Sobre todo...
EMILIO. ¡Voto al chápiro!
MIGUEL. ¿Qué se diria de tí?
¡Horror! ¡No quiero pensarlo!
¡Un marido que abandona
así á su objeto más caro
en un dia como el de hoy!...
EMILIO. ¡Miguel!...
MIGUEL. ¡Si tal! (Le he aplastado.)
EMILIO. Pero bien, ¡si tú te quedas!...
MIGUEL. ¿Quién, yo? ¡Me están esperando!
Tengo que ver al ministro
para un negocio...
(Pugnando por marcharse. Emilio le detiene.)
EMILIO. Eso es falso.
¿Qué negocio es ese?
MIGUEL. Uno...
EMILIO. De faldas, eh?
MIGUEL. ¡Calla! (Todo asustado.)
EMILIO. Callo;
pero has de quedarte aquí.
MIGUEL. Hombre, si estás engañado.
EMILIO. ¿Sí, eh? ¿Piensas que soy tonto?
¿piensas que no estoy al cabo?
¿que yo no sé bien tu vida

y no sé todos tus pasos?
¿Crees que á mi se me oculta
que en la calle de los Caños?

MIGUEL. (Muy sobresaltado y temiendo que le oigan.)
¡Eso era ántes!

EMILIO. Antes y ahora:
y sé hasta el nombre.

MIGUEL. ¡Más bajo!...

EMILIO. Como tu mujer: Adela.
¿Qué pensaste, mentecato?
Yo soy tu hermano mayor
y tengo el deber sagrado
de velar...

MIGUEL. ¿Vas ahora á echarme
un sermon? ¿Y si yo canto?
¿Y si yo digo que tú,
fingiendo estar ocupado
en cosas de abogacía,
pasas las horas jugando
á la ruleta y perdiendo
hasta el pelo?

EMILIO. Te engañaron.

MIGUEL. ¿Engañar? Estos no engañan. (Por sus ojos.)
¡Si te he visto! ¡Un abogado
(Se han cambiado los papeles.)
jóven, rico y de talento
perder su tiempo buscando
combinaciones!...

EMILIO. Y al fin
di con una.

MIGUEL. ¡Visionario!

EMILIO. Me han ganado mucho, ¡mucho!
¡Oh! Pero he de recobrarlo,
¡y hoy mismo! (Disponiéndose á salir.)

MIGUEL. Bueno, tú vete;
yo tambien.

EMILIO. ¡Alma de cántaro!...
Si yo gano, ¡tú no pierdes!
¿Transigimos?

MIGUEL. ¡Transijamos!

EMILIO. ¿Juegas á pares ó nones

el que se queda?

MIGUEL. Aceptado.

EMILIO. Si acierto te quedas tú.

MIGUEL. Pide. (Sacando unas monedas del bolsillo.)

EMILIO. (¡El Espíritu Santo
me ilumine!) Pares, nones;
digo... (Queriendo decir las dos cosas á la vez.)

MIGUEL. ¡Ea! ¿en qué quedamos?

EMILIO. Pues... pares.

MIGUEL. Bien: está dicho.
A ver.—Nones, te he ganado.
(Contando las monedas.)

EMILIO. ¡Los nones! ¡Siempre los nones!

MIGUEL. ¡Adios!

EMILIO. Pero escucha, hermano.

MIGUEL. No hay tio pásame el rio.
Vuelvo. (Saliendo sin hacerle caso.)

EMILIO. ¡Lucido he quedado!

ESCENA IV

EMILIO solo.

¿Y qué hago yo? Si me voy
provoco aquí mil cuestiones!
Pero ¿y mis combinaciones,
por qué no ensayarlas hoy?
¿Por qué hoy mismo no tocar
sus felices resultados?
(Cogiendo el papel ó cartera donde ha estado haciendo números.)
Nada, los tengo amarrados;
no se pueden escapar
por ningun lado, ¡ninguno!
Yo nunca pierdo: ¡eso es!
Que son pares, gano tres.
que son nones, gano uno.
Mucho me teneis allá,
¡banqueros sin corazon!...
Pero esta combinacion
de todos me vengará.

¡Cómo me voy á reir
al mirar vuestros semblantes!
¡Ea! marchemos cuanto antes.
¡Demonio! (Al ver á su mujer.)

ESCENA V

Dicho. ANA.

ANA. ¿Vas á salir?
EMILIO. Sí, ya estoy haciendo falta:
tengo que ver á un cliente
ahora mismo.
ANA. ¡Justamente
ahora mismo!...
EMILIO. El tal Peralta
me tiene vuelto el sentido.
Conque ¡adios!
ANA. ¡Adios!
EMILIO. ¡Ah!
ANA. ¿Qué?
EMILIO. (Ya me iba.) Perdóname,
hija, soy un aturdido.
Ya sé por qué ántes de aquí
te fuiste tan enojada.
Esta memoria endiablada...
ANA. ¡Hola!... ¿ya caiste?
EMILIO. Sí:
y te quiero yo vengar
de mi proceder injusto.
¿Qué usarías tú con gusto?
ANA. Nada.
Emilio. (Como he de ganar
la compro cualquier prendido.)
Vamos, dí; y cese tu encono.
Ana. Yo otra joya no ambiciono
que el amor de mi marido.
EMILIO. Ese seguro le tienes.
ANA. ¿Seguro?
EMILIO. Sí, te lo juro.

ANA. Pues si le tengo seguro,
ya no ambiciono más bienes.

EMILIO. Como prueba, sin embargo...

ANA. ¿Cómo prueba? En el momento
puedes darme una.

EMILIO. Consiento.

ANA. ¡No te vayas!

EMILIO. Hazte cargo
de que esperándome están;
que es mi presencia precisa..

ANA. Sí, sí.

EMILIO. Mira, tengo prisa;
creo me dejarán
muy pronto; y si así no es,
id comiendo y no esperarme.
¡Adios! (¡Voy á desquitarme!
Que son pares; gano tres.)

(Sale apresuradamente y tropieza con Adela que viene por la puerta del foro.)

ESCENA VI.

ANA.—ADELA.

ADELA. ¡Ay!

EMILIO. ¡Perdona!

ANA. ¡Hermana mia!

(Llorando y arrojándose en brazos de su hermana.)

ADELA. ¿Vas á llorar? ¡Esta es buena!

ANA. ¡Si me está ahogando la pena!
Ni siquiera en este dia
se ha podido reprimir,
por más que se lo he rogado.
Ya lo has visto; ¡se ha marchado!

ADELA. ¿A jugar?

ANA. ¿Dónde ha de ir?
Si ya no tiene otro oficio,
ni otra ilusion, ni otro sueño;
¡si hoy es tan sólo su empeño
ese malhadado vicio!

¡Aficion torpe y maldita
que con él acabará!
¡Qué vida lleva y me da!

ADELA. ¡Dártela, nó: te la quita!

ANA. Ya nada le hace sentir,
ya todo le importa nada,
y su esposa desgraciada
tiene que mirarle ir,
como un ciego, al precipicio,
causa de tantos tormentos;
¡y es que ya sus sentimientos
se los ha secado el vicio!
—Escúchame: el otro dia
entré en su cuarto, y estaba
todo que lástima daba:
él, en un sillon dormia,
¡ay hermana! y como un hielo.
Las sillas, la mitad rotas;
aquí el chaqué, allí las botas:
los papeles por el suelo,
medio cojo el velador,
un tintero en él volcado,
¡el sombrero apabullado!...
en fin, Adela, un ¡horror!
Le desperté, abrió los ojos,
y al verle tan descompuesto
le dije:—pero, ¿qué es esto?
¿Quién ha estado aquí?—«Los rojos,»
—contestó lleno de ira,
quedándose en mí muy fijo.

ADELA. ¿Los rojos?

ANA. Sí, eso dijo.

ADELA. ¿Es que juega ó que conspira?

ANA. Yo no sé ni estoy segura
si ambas cosas le traen ciego;
¡sólo sé que en este juego
he perdido mi ventura!
En fin, cuanto yo te diga
acerca de su extravío
resulta pálido y frio;

y á tanto el juego le obliga,
que en números y barajas
cifra toda su ambicion.

ADELA. ¡Qué vergüenza!

ANA. El muy bribon,
hasta me ha empeñado alhajas.

ADELA. Terrible es, hermana mia,
cuanto llevas referido:
pero... aquello tan sabido
«Cuentan de un sábio que un dia»...
viene de perilla aquí,
y calmar puede tu duelo:
si quieres hallar consuelo,
oye, y compárate á mí.
Tu esposo al vicio se entrega
y de su vicio es esclavo,
es muy cierto, pero al cabo
si un dia, que siempre llega,
viendo ya su error patente,
vuelve, pecador contrito,
y el beso de paz bendito
quiere estampar en tu frente,
podrás su halago aceptar
llena de amor, y segura
de que tu frente tan pura
sus lábios no han de manchar.
Que aunque t naz y ambicioso,
no es á tu cariño infiel.
Pero, hija mia, ¿y Miguel?
¿y mi *carísimo* esposo?
Ese á la fea y la hermosa
siempre se halla persiguiendo,
y á todas ellas vendiendo
amor que roba á su esposa.
Él á todas las iguala,
pues lo mismo hace la córte
á la dama de alto porte
que á la humilde menestrala.
¡Y así se pasa las horas
y los meses pasa así!

ANA. ¡Oh!

ADELA. La otra noche le ví
dando el brazo á dos... *señoras.*
¿Piensas que se avergonzó
al verse de mí delante?
¡Nada! siguió tan campante;
y al interrogarle yo
cuando á casa hubo venido,
me contestó el bribonazo
que las llevaba del brazo
porque se habian perdido.

ANA. ¡Perderse!...

ADELA. Sí tal. ¿Te olvidas
del sugeto que es Miguel?
¡Quién duda que al ir con él
estaban ya bien perdidas!

ANA. Pero bien, ¿y tú qué has hecho
para que ese Belcebú
se enmiende?

ADELA. Pues lo que tú:
ahogar el llanto en mi pecho.

ANA. ¡Qué pruebas de amor! ¡Qué pruebas!
¿Habrá en el mundo otras dos
más desgraciadas? ¡Ay Dios!

ADELA. No te aflijas ni conmuevas;
nada de llantos, no tal;
muestra tus ojos serenos:
¿será que yo sufra ménos
siendo más grande mi mal?
Rie y habla por los codos,
que es lo que debes hacer:
el llanto de la mujer
se traduce de mil modos;
y no son lágrimas, nó,
lo que aquí necesitamos,
es menester que algo hagamos.

ANA. Bien, ¿y qué hacer?

ADELA. ¿Qué sé yo?

ESCENA VII

Dichos. DOROTEA.

DOROTEA. Señorita, un caballero
espera y pide permiso
para entrar.

ANA. ¿No lo conoces?

DOROTEA. Nó; yo aquí nunca le he visto.

ANA. Bueno, pues dile que vuelva,
porque no está el señorito.

DOROTEA. Pregunta por la señora,

ANA. ¿Por mí? ¿Quién será?

ADELA. No atino...

ANA. Sea quien quiera, no estoy
ahora para cumplidos.

DOROTEA. Bien.

ADELA. Dorotea, que pase. (Váse Dorotea)
Verás cómo descubrimos
algo que no sea bueno;
y si me engaño en mis juicios,
con despacharle en seguida
es asunto concluido.

ESCENA VIII

Dichas. TORCUATO. (1)

TORCUATO. Si ustedes dan su licencia... (Desde la puerta.)

ADELA. ¡Adelante!

TORCUATO. (¡Qué prodigios
de belleza!... Pero ¡tate!
¿á cuál de ellas me dirijo?
¿cuál será la que yo busco?)

ADELA. Usted dira...

---

(1) Este personaje debe representar un tipo extremadamente nervioso, y efecto de ello son los gestos y guiños de que se hace mencion en el diálogo. Al buen talento del actor queda confiado la oportunidad de las referidas contracciones, procurando que el carácter no resulte recargado.

TORCUATO. Pues yo digo...
(Esta debe ser...)
ADELA Sepamos...
(¡Ay qué jestos y qué guiños!)
TORCUATO. (¡Caramba, ya estoy nervioso!)
Soy Torcuato Riotinto
y Rioclaro.
ADELA. Está usted
fresco con sus apellidos.
TORCUATO. Qué quiere usted, mis abuelos
tuvieron ese capricho...
ADELA. ¿Y bien?
TORCUATO. Soy el encargado...
más claro; yo soy el íntimo
de las señoras de Grande.
ADELA. ¿De Grande?
TORCUATO. Un señor muy chico
que se apellidaba así.
ADELA. ¡Ah, vamos!...
TORCUATO. Contrasentidos
de este mundo. (¡Es de primera!) (Haciendo gestos.)
ANA. (Esto no es hombre, es un mico.)
TORCUATO. (Qué aspecto tiene esta viuda
tan francote y expansivo.)
Pues bien, como usté ya sabe,
la otra noche en el tresillo
que ustedes jugaron...
ADELA. ¿Eh?
TORCUATO. Perdió usted, y me lo explico,
porque...
ADELA. Caballero, usté
se engaña.
TORCUATO. (Caracolitos!)
ANA. Pero ¿qué dice este hombre?
TORCUATO. (Qué apostamos que erré el tiro!...
pero como no está sola...)
ADELA. Hable usted claro, y repito...
TORCUATO. Nó, nada; me he equivocado:
soy bastante distraido
y...

ANA. ¡Me gusta!

TORCUATO. Mil perdones...
(De primera, de primíssimo!)
Ya usted sabe demasiado...
pero como soy muy listo
comprendo su situacion.

ADELA. Pero si es que...

TORCUATO. Sí, entendido.
Ya vendré otro cualquier dia
á recoger ese pico:
no corre prisa ninguna...
¿A qué hora?

ADELA. ¡Señor mio!...

TORCUATO. Estoy á los piés de ustedes. (Váse)

ESCENA IX

ADELA, ANA y despues DOROTEA.

ADELA. ¡Toma!... y se va sin decirnos...
Pues quedamos enteradas:
y lo que es esto no es lio
de los otros.

ANA. ¿Lo estás viendo?...
Mejor nos hubiera sido
no recibirle.

ADELA. Es un necio. (Mirando por el balcon)
¡Calla! mi esposo *amantísimo.*
¿Cómo volverá tan pronto?
Algun percance imprevisto
le hará venir.—¡Dorotea! (Llamando.)
(La doncella se presenta enseguida)
Si vienen los señoritos
y preguntan por nosotras,
dice usted que hemos salido.

DOROTEA. Muy bien. (Váse.)

ANA. ¿Piensas que salgamos?

ADELA. Nó, sígueme; aunque es un vicio
muy feo, voy á espiar
á Miguel, porque imagino

que hoy va á ser dia de prueba.

ANA. ¿Quién sabe?

ADELA. Ya va á servirnos
la puerta que hemos mandado
abrir con el fin sencillo
de comunicarnos todos
sin que nos sea preciso
el salir á la escalera;
y como nuestros maridos
aún no saben nada de esto,
gracias á lo repulsivo
que á los dos les es su hogar...

ANA. Pero...

ADELA. Haz lo que te digo:
pasemos ahora á mi casa,
y despues yo... con sigilo... (Vánse por la derecha.)

ESCENA X

MIGUEL. DOROTEA.

MIGUEL. ¿Y no está en casa mi hermano?

DOROTEA. Nó, señor.

MIGUEL. (Habrá bandido!...
no ha podido contenerse.)
¿Y la señora?

DOROTEA. Lo mismo:
salió con la señorita
Adela.

MIGUEL. (¿Dónde habrán ido;
en un dia como el de hoy
y sin nada habernos dicho?
En fin...) Puede usted marcharse.

ESCENA XI

MIGUEL. Despues ADELA.

MIGUEL. Pues, señor, ¡estoy lucido!
Salgo de casa llevando

cien duros en el bolsillo,
espero á que baje Adela,
baja; y *pian*, *pianino*
nos lleva un simon de plaza
al restaurant del Retiro.
Empezamos á comer,
y al trinchar un solomillo
la digo viendo su mano:
«Ay qué manojo tan lindo
de azucenas!—¡Lisonjero!
¡Adulador!...—¡Nó, mi hechizo!
¡Y qué garganta!—¿Te gusta?
¡Oh! qué medallon he visto
tan precioso el otro dia...
—¿Dónde?—¡Cállate, aturdido!
¿A que piensas regalármelo?
—Pues claro está.—No lo admito.
—Dime dónde. Te lo ruego.
—¡Ay, Jesús!—¡Te lo suplico!...
—¿Ha sido en casa de Marzo?—
—Sí.—Y apenas citó el sitio,
me planto en la joyería
en ménos que ahora lo digo.
Veo el medallon; me piden
dos mil reales; no replico
y los pago á *toca teja*:
pero ¡ay Dios! en el camino
me acuerdo de que la fonda
me va á costar un sentido,
y no me ha quedado un céntimo.
Vengo aquí á buscar á Emilio
y se ha marchado á la timba.
¿Qué hacer? ¿A quién me dirijo?

ADELA. (Que ha entrado de puntillas por la derecha.)
¿Qué le pasa que habla solo?

MIGUEL. (Y es un regalo bonito.
(Se ha sentado en una butaca y está mirando el medallon.)
¡Ya lo creo! esmalte negro,
con su inicial y un cintillo
de brillantes.)

lo echamos todo á perder.

MIGUEL. El negocio es tentador:
pero, la verdad... ni Caco...

EMILIO. ¡Eh! ¡no tengas aprension!...
sal airoso de tu empresa,
que aquí queda el editor
responsable.

MIGUEL. Mas...

EMILIO. ¡Que vienen!...
aprovecha la ocasion.

ESCENA ULTIMA

Dichos. ANA y ADELA.

ANA. No esperaba tal sorpresa. (Muy contenta á su hermana.)

ADELA. Pues tu esposo le ha traido.

EMILIO. Vamos, ¿ves cómo he venido,
tontuela mia?... Confiesa
que antes, al verme marchar
sin hacer caso de tí,
me echaste una fama...

ANA. Sí.
¿Por qué te lo he de ocultar?

(Durante esta escena Emilio no cesa de dirigir miradas á su hermano, indicándole que pase á la habitacion del secretaire. Miguel procura obedecerle, pero le detienen las miradas de Adela, que muy recelosa procura adivinar algo en los semblantes de los hermanos, hasta que el diálogo lo indique. El autor deja al buen juicio de los actores la repeticion de este juego.)

EMILIO. (¡Jem!) (A su hermano.)

MIGUEL. (¡Ya voy!) (Id.)

ANA. Y no te extrañes
si esta vez fuí mal pensada.
¡Estoy tan acostumbrada
hace tiempo á que me engañes!

EMILIO. ¿Quién, yo? ¿engañarte tu esposo?
Desecha juicios tan vanos.

ADELA. (¿Qué traerán ahora entre manos...
porque en su acento meloso
se ve clara su falsía.)

Pues sí, querido... pariente, (Irónica á Emilio.)
tienes un gusto excelente,
y á esta se lo decia
viendo el rico medallon
con que hoy la has obsequiado.

EMILIO. ¿Eh? ¿que yo la he regalado? (Muy sorprendido.)

MIGUEL. (Chit, que me pierdes!)

ANA. Accion
que está grabada en mi pecho,
y estará por siempre.

EMILIO. ¡Amen!

ANA. Tú no sabes todo el bien
que en este dia me has hecho.

EMILIO. (Pero oye...) (A Adela.)

ADELA. ¡Es joya muy rica! (Desentendiéndose.)

ANA. Para mí de gran valor,
porque la estima mi amor...

ADELA. Justo, en lo que significa.

EMILIO. ¿Pues qué te habias creido?
(Procurando sacar partido de la situacion.)

MIGUEL. (¡Aquí yo soy el que pierdo!)

EMILIO. ¿Que hoy no tendria un recuerdo
para tí tu fiel marido?

ADELA. (¡Bribon!)

EMILIO. No te ocultaré,
francamente, que ignoraba
hasta en el dia que estaba;
pero apenas me enteré,
salí de aquí por la posta
y fuí á casa del joyero.

MIGUEL. (¡Qué cinismo!)

ADELA. (¡Habrá embustero!)

MIGUEL. (¡Cómo se luce á mi costa!)

EMILIO. Así, pues, cese el enojo
que nublaba tu semblante,
y... (¿Qué hace ese tunante?)

MIGUEL. (Nada, no me quita ojo
mi mujer!)

ADELA. Yo sí que espero
tener un recuerdo igual

en mi dia.

ANA. Es natural.

ADELA. ¡Vaya! Este es muy caballero
y me quiere...

EMILIO. Con locura;
y yo á su defensa acudo.

ADELA. Si lo sé; si no lo dudo,
¡hombre, si estoy muy segura!

EMILIO. Adela, eres inclemente
y muy injusta: ¡óyeme!
Más cerca. ¿Sabeis por qué
(Procurando atraerla é interesarla en lo que dice.)
se muestra algo indiferente
Miguel?

ADELA. ¿Tiene celos?

EMILIO. Sí;
¡y unos celos horrorosos!

ANA. ¿De quién?

EMILIO. Hija, los celosos
de todo dudan.

ADELA. ¿Y á tí
te lo ha dicho?

EMILIO. Sí, señora.
Yo trato de disuadirle,
pero... ¡Da lástima oirle!

ANA. ¡Pobre!

EMILIO. Hay veces que llora,
y si así sigue se muere.

ADELA. Pero bien, ¿por qué está así?

EMILIO. Porque... atiende, ven aquí,
que no quiero que se entere.
(Emilio procura estrechar más el grupo. Adela oye lo que este dice con curiosidad, pero sin creer en ello.)
La marquesa de la Encina
dió un thé,—brillante por cierto,—
porque á su sobrino Alberto
le hicieron guardia marina.
Los dos fuimos invitados;
pero... Miguel...

MIGUEL. (¡Cómo suda!)

EMILIO. Como él es así... ó sin duda
por sus múltiples cuidados,
se olvidó del dicho thé.
Yo iba solo,—aunque era un feo,—
cuando ya en la puerta, veo
á tu es esposo.

ADELA. Bien: ¿y qué?

EMILIO. Sube conmigo, le dije.
—No puedo,—contestó al punto;—
me importa más un asunto
que ahora mi presencia exige.
Ni vengo vestido yo
como la etiqueta manda...
—¿Y eso qué? ¡Anda, hombre, anda!
¡Entra!
(Muy impaciente y procúrando que su hermano le entienda.)

ADELA. ¿Y él?...

EMILIO. ¡Por fin entró! (A tiempo que el otro pasa.)
Subimos, y en el thé aquel
perdió Miguel su alegría,
pues todo el mundo decia
al verle:—¡Pobre Miguel!

ADELA. ¿Y eso le tiene aburrido?

EMILIO. Ya ves que aunque calma sobre...

ANA. Cierto.

EMILIO La palabra «pobre»,
tratándose de un marido...

ADELA. Bien, yo curarle prometo;
y eso que su enfermedad
es ya crónica. (Mucha intencion.)

EMILIO. (Verdad.)

MIGUEL. (Que ha salido de la habitacion y al oido de Emilio:)
(Conseguimos nuestro objeto.)

EMILIO. Pues vámonos. (Sin poderse contener.)

ANA. ¡Cómo! ¿os vais?

ADELA. (¡No digo!)

EMILIO. Sí; mas descuida,
que volvemos en seguida:
entre tanto os arreglais
y...

ADELA. (¿Dónde irán estos dos?)
ANA. Quien te espere que se aguarde.
(Muy contrariada y en tono de súplica.)
MIGUEL. ¡Que es tarde, Emilio, que es tarde!
ADELA. No le ruegues. (A Ana.)
EMILIO. Vámonos.
ADELA. ¡Vete! y tú tambien: ¿qué tardas?
si ese es el plan combinado.
EMILIO. Adela, esto es demasiado.
MIUEL. Pero sígueme; ¿qué aguardas?
ADELA. ¡Sí, que esperan!
ANA. Oye; oid...
EMILIO. Mire usted que suponer...
(Fingiendo mucha indignacion y alejándose sin hacer caso á su esposa.)
ADELA. ¡Ah! ¡Abierto el *secretaire!*
(Entra precipitadamente en la habitacion.)
EMILIO. (¡Bravísimo! ¡eres un Cid!)
MIGUEL. (Yo compro otro medallon.)
EMILIO. (¡Me traigo hasta los tapetes!)
(Vanse por el foro del brazo y locos de alegría.)
ADELA. (Saliendo muy indignada.)
¿No tenias dos billetes
guardados en tu cajon?
ANA. De cuatro mil reales, sí.
ADELA. ¡Pues se llevan uno!
ANA. (Corriendo á la puerta para llamarles.)
¡Infames!
ADELA. Nó, ven aquí, no les llames.
ANA. ¡Oh!
ADELA. Nada de eso.
ANA. ¡Ay de mí!
ADELA. No llores ni hagas extremos.
ANA. ¡Infiel!
ADELA. Nada de afligirse.
¿Ellos van á divertirse?
¡Todos nos divertiremos!

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete. Balcon al foro. *Secretaire* á la izquierda del balcon. Tres puertas laterales. Una á la derecha y dos á la izquierda. Chimenea.

ESCENA PRIMERA.

EMILIO y MIGUEL.

EMILIO. Ha sido por un azar,
porque mi plan es muy cierto.
Me encontré en la calle á un tuerto,
¿cómo habia de ganar?
Luégo, cuando allí llegué,
al sentarme en mi sillon
¡paf! me veo á don Simon;
y es natural, me azaré.
Ya ves que todo usurero
tiene mala sombra.

MIGUEL. Sí.

EMILIO. No miento: apenas le vi
me echaron el primer cero.

MIGUEL. ¿Qué hay que esperar de un judío?

EMILIO. ¿Y sabes con qué entremés
vino? Pues los pagarés
que se cumplen hoy.

MIGUEL. ¡Dios mio!

EMILIO. Y que si no le pagamos
nos lleva á los tribunales.

MIGUEL. ¡No es nada, veinte mil reales
en la situacion que estamos!
EMILIO. Yo, porque en paz me dejara
y de mi lado se fuera,
le dije que se viniera
por aquí.
MIGUEL. ¿Quién nos ampara?
EMILIO. Yo.
MIGUEL. ¿Tú?
EMILIO. Yo mismo: sí tal.
Dame veinticinco duros
y acaban estos apuros.
MIGUEL. ¡Hombre, si no tengo un real!
EMILIO. ¿Que nó?
MIGUEL. ¿Yo qué he de tener?
EMILIO. ¡Bribon! ¿En qué has invertido
lo que te ha pertenecido?
¡Dos mil realazos!
MIGUEL. ¡A ver!
Medallon, fonda...
EMILIO. ¡Bah! ¡bah!
¡Eres un derrochador!
MIGUEL. ¿Hubiese sido mejor
que tú lo perdieras?
EMILIO. ¡Ca!
Si vieras cuán se admiraban
al ver mi juego infalible
los banqueros...
MIGUEL. ¿Es posible?
EMILIO. ¡Te digo que tiritaban!
Claro, soy su perdicion,
su constante pesadilla:
pero yo, terne en mi silla,
les trato sin compasion.
MIGUEL. Sí, ya lo he visto.
EMILIO. Nó; atiende.
MIGUEL. (¡Está loco!)
EMILIO. Yo ya sé
que he perdido mucho.
MIGUEL. ¿Y qué?

Chico, perdiendo se aprende.

EMILIO. ¡Pues eso es lo que yo digo!

MIGUEL. En fin, hoy hay que minar
el mundo, para callar
á ese feroz enemigo.

EMILIO. ¡A don Simon!

MIGUEL. ¡Claro es!
¡Oh dicha! (Fijándose en el *secretaire*)

EMILIO. ¡Nó! Está cerrado.

MIGUEL. ¿Y tu mujer?

EMILIO. Se ha marchado
con la tuya.

MIGUEL. ¡Hola! ¡Y van tres!

EMILIO. ¿Vas á dudar de tu esposa?

MIGUEL. ¡Hombre, nunca falta un *bú!*

EMILIO. ¿Si será ella como tú?

MIGUEL. ¡Es que yo soy otra cosa!

EMILIO. Vaya, tú eres un pedazo
de tonto, que por andar
así, te vas á ganar
el mejor dia un trancazo,
si das con uno de génio...

MIGUEL. ¡Soy muy prudente!

EMILIO. ¡Bobada!
Dí, la de ahora ¿no es casada?

MIGUEL. Sí, ¡pero tiene un ingenio!...

EMILIO. ¡Oh!

MIGUEL. Y un marido celoso
que de su poder abusa.

EMILIO. ¡Ya!

MIGUEL. La tiene cual reclusa.
Pero, chico, lo chistoso
es que, á pesar del rigor
con que guardarla ha querido,
hasta hoy solo ha conseguido
ser él nuestro...

EMILIO. ¡Horror! ¡Horror!

MIGUEL. Y ella ha inventado ese ardid...

EMILIO. ¿Sí?...

MIGUEL. ¡Si es lo más ingeniosa!...

Verás, oye: es muy golosa,
¡mucho!

EMILIO. ¿Hija de Madrid?

MIGUEL. Nó, señor, es de Almería.
Su esposo, que es de los lelos,
la compra unos caramelos
de cierta confitería
donde yo concurro mucho,
casi cuotidianamente.
¿Me entiendes?

EMILIO. Perfectamente.

MIGUEL. Como el hombre es poco ducho,
no se le ocurre pensar
que entre aquellos papelitos...

EMILIO. ¡Pues! van algunos escritos
en cifra, para evitar...

MIGUEL. ¡Sí! sí. Pues ¿y la manera
(Celebrándose la gracia.)
que tiene de contestarme?

EMILIO. Pero, hombre, ¿vas á contarme?...

MIGUEL. ¡Si eso enamora á cualquiera!
¡Si es lo más lista!...

EMILIO. ¡Lo creo!
Mas...

MIGUEL. ¡Es para que te rias!
A las tres, todos los dias
recibo yo mi correo,
y ¡asómbrate!

EMILIO. ¡Ya me asombro!

MIGUEL. Me lo entrega en propias manos
uno de esos italianos
que con la música al hombro
se ganan por ahí la vida
tocando un mal organillo.

EMILIO. Pero ¿cómo?

MIGUEL. Es muy sencillo.
A la hora convenida
se planta bajo el balcon
mi hombre: suena una tocata,
que suele ser *La Traviata*,

y ella, con gran precaucion...

EMILIO. *¿La Traviata?*

MIGUEL. ¡Nó: no tal!
Adela, que ese es su nombre,
se asoma: ve si es nuestro hombre,
y en perros le arroja un real
bien envuelto en un papel.

EMILIO. Papel que estás tú esperando.

(Miguel hace signos afirmativos.)

¡Lo que se va adelantando
en ciertas cosas, Miguel!

MIGUEL. ¿Qué quieres?

EMILIO. La gran cuestion
es ver ahora de pagar...

MIGUEL. Yo me tengo que marchar...

EMILIO. Huyendo de don Simon,
¿no es cierto?

MIGUEL. (¡Pues claro es!)
Nó: voy á ver si realizo
un empréstito al Suizo,
donde me espera Valdés.

EMILIO. ¿Eso es verdad?

MIGUEL. ¡No que nó!

EMILIO. Oye...

MIGUEL. Si me da dinero,
pagamos al usurero,
¡y á vivir! (Vase.)

EMILIO. ¡Eh!... Se largó.

ESCENA II.

EMILIO.

¡Pues lo que es yo no me aguardo!
Pero... ¡si soy un gallina!
Una vez que el campo es mio
y ahora no hay quien me lo impida,
¿por qué no probar á abrir?
Al momento.—En su mesilla
creo que tiene unas llaves...

(Vase, primera puerta izquierda.)

ESCENA III.

ADELA y ANA que salen por la segunda puerta izquierda muy quedito.

ADELA. ¡Oiste! ¡La puertecita
va á servirnos de mucho!

ANA. ¡Oh!
¡Dios mio! ¡Cuánta perfidia!

ADELA. ¿Conque mi señor marido
recibe todos los dias
un papel de una manera
tan *ingeniosa* y *artística*?
¡Yo le daré caramelos,
y Traviatas y cartitas!
¿Te sabes bien la leccion?

ANA. Saberla, sí; pero mira
que yo no voy á poder
fingir bien.

ADELA. ¡Qué tontería!

ANA. ¡Y nos exponemos mucho
en este juego!

ADELA. Pues, hija.
¿es poco lo que ganamos?

ANA. ¿Y si perdemos?

ADELA. ¿Te olvidas
de que hasta hoy han sido inútiles
las lágrimas, las sonrisas,
las súplicas, los desdenes,
y en fin, hasta las caricias?
¡Pues vamos á ver si, hiriéndoles
del corazon otras fibras,
tornan luego al buen camino
ese par de almas perdidas!
¡Ah! ¿Dónde has puesto la llave
del *secretaire?*

ANA. Aquí encima,
en este joyero

ADELA. Nó:

ponla aquí más á la vista.

(Adela la pone sobre el mueble en que esté el joyero.)

Cuando vuelvan á la carga,
que estoy de ello segurísima,
verán qué buenos *billetes*
se encuentran.

ANA. ¡No estoy tranquila!

ADELA. ¡Calla, que vuelve tu esposo!

ANA. Pero...

ADELA. ¡Ven, no seas niña! (Vanse por la derecha.)

ESCENA IV.

EMILIO: despues ANA.

EMILIO. Por poco encuentro las llaves.
A ver si alguna... Esta es chica.

(Probando las llaves que trae en su llavero.)

ANA. (¡Adela no me engañaba!
¡Dios mio, qué villanía!)

EMILIO. Ninguna ajusta. (Sin verla.)

ANA. (Si estoy
por confundirle!...)

EMILIO. ¡Por vida!...
Quizá con unas tijeras...
Voy á... (¡María Santísima!) (Al ver á Ana.)

ANA. ¿Te causa ya miedo el verme?

EMILIO. Nó... es... que... como creia...
que... habias salido...

ANA. ¡Ya!

EMILIO. Y no oí la campanilla
ni...

ANA. ¿Me esperabas?

EMILIO. ¡Es claro!
(¿Me habrá visto?)

ANA. ¿Qué decias?

EMILIO. Nó, nada. (Señor, ¿hay duendes
en esta casa maldita?)

ANA. ¿Supongo que pensarás
salir?...

EMILIO. Nó: ahora no tenia...
ANA. ¡Gracias á Dios que una vez
se te puede hablar sin prisa!
EMILIO. ¿Pues de qué quieres hablarme?
ANA. De algo que el sueño te quita.
EMILIO. ¿Y qué es ello?
ANA. No te enfades;
y perdona si, atrevida,
pretendo darte un consejo,
más que de esposa, de amiga.
No juegues más á *docenas*,
ni á los *cuadros*, ni á las *líneas*.
EMILIO. ¡Anita!
ANA. No seas tonto
y juega á la *repetida*.
(El asombro de Emilio debe ser creciente.)
¿Que salen pares? A pares
hasta que quiebren. ¿Que tiran
nones? Pues te vas á nones
sin vacilar.
EMILIO. ¡Pero chica!...
(¡Dios mio, qué estoy oyendo!)
ANA. La jugada es muy sencilla. (Medio mutis.)
¡Ah! No juegues martin-galas
porque son una engañifa:
para uno que sale bien...
EMILIO. ¡Yo estoy en Bábia!
ANA. ¡Medita
mi consejo, y buena suerte!
(¡Cumplí mejor que creia!)

ESCENA V.

EMILIO.

¿Pero oye?... ¡Yo estoy soñando!
¿Esto es verdad ó mentira?
¿Quién la ha enseñado esos términos
ruletescos, que se estilan
solamente en ciertos *círculos?...*

«No juegues cuadros ni líneas.»
¿Si tendrá razon? ¿Qué es esto?
(Reparando en la llave que ha dejado Ana.)
¡La llave de ahí! ¡Oh dicha!
¡Se la ha dejado olvidada!
¡A ver antes si me expian!...
(Mirando por la puerta que se ha marchado su mujer.)
¡No está, no está! ¡El mundo es mio!
Cometo una accion indigna;
¡pero el caso es explotar
sin perder tiempo la mina!
(Se dirige al *secretaire*, le abre y comienza á registrar los salones.)

A ver... Aquí nó... Tampoco
en este. Guantes, horquillas...
¡Domonio! Si no hay un céntimo,
á lo ménos á la vista!...
¿Calle? ¿Qué esto que asoma
debajo de esta tablilla?...
¡Un papel! ¡Nó, que son dos!
¡Una carta con la firma
de Adela! ¿Cómo?—«A las siete»...
¿Qué es esto? ¡Ah, fementida!
¿A ver? ¡Y una papeleta
de empeño! Y que esta no es mia
estoy cierto.—«Medallon
con esmalte y piedras finas.»
¡Será el medallon que... ¡Ana!
¡Adela! ¡Qué significa!...

ESCENA VI

Dicho. TORCUATO.

TORCUATO. Caballero...
EMILIO. ¡Eh! (Sorprendido y muy incomodado.)
TORCUATO. Servidor...
EMILIO. Muy señor mio. ¿Podria
saber?...
TORCUATO. ¿A lo que venia?

EMILIO. Sí; si me hace usté el favor...

(Que contraste la dulzura de Torcuato con el carácter ágrio y fuerte de Emilio.)

TORCUATO. (¡Dios mio! Este ¿quién será?
Segun dijo doña Inés,
era viuda.)

EMILIO. (¿Qué entremés?...)

TORCUATO. ¿La señora no estará?

EMILIO. ¡Cómo!

TORCUATO. (¿Será algun amante?)

EMILIO. ¿Buscaba usté á la señora?

TORCUATO. Justamente.

EMILIO. Pues ahora
no se halla aquí; mas, no obstante,
yo...

TORCUATO. Nó, no tal: es distinto.

EMILIO. ¿Cómo distinto?

TORCUATO. (¡Me escamo!)

EMILIO. ¿Quién es usted?

TORCUATO. Yo me llamo
don Torcuato Riotinto.

EMILIO. ¿Y qué?

TORCUATO. (Mala cara tiene;
mas si paga...)

EMILIO. Sin pretextos:
¿quiere usted no hacer más gestos
y decir á lo que viene?

TORCUATO. Pues yo... La señora sabe
quién soy. Antes vine...

EMILIO. (¡Hola!)

TORCUATO. Mas como no estaba sola...

EMILIO. (¡Caracoles, esto es grave!)
¿Y ha de ser sola tambien
como usted pretende verla? (Procurando dominarse.)

TORCUATO. Yo por no comprometerla...

EMILIO. Es claro, hace usted muy bien.
(¡A este le rompo el bautismo!)

TORCUATO. La cosa no es casi nada,
y ya estará acostumbrada,
porque otras veces lo mismo

le ha solido acontecer.
Amigo, el juego es así:
hoy á tí, mañana á mí...

EMILIO. ¿Cómo?

TORCUATO. La tocó perder
en la última reunion.

EMILIO. (¿Qué dice?)

TORCUATO. La suerte es loca:
tuvo que jugar de *boca*.
«Azares del juego son.»

EMILIO. ¿De qué juego?

TORCUATO. (¡Este me pega!)

EMILIO. ¡Hable usted pronto! (Muy incomodado.)

TORCUATO. (¡Ay de mí!)

EMILIO. Porque sepa usted que aquí
¡yo solo soy el que juega!

TORCUATO. Y la seño...

EMILIO. ¡No es verdad! (Sin dejarle terminar la frase.)
¡Eso es falso!

TORCUATO. ¿Cómo? ¿qué?

EMILIO. (¿Jugar Ana?) ¡Salga usté
ó hago una barbaridad!

TORCUATO. Lo pide de tal manera...
(Señor ¿dónde me metí?) (Medio mútis.)

EMILIO. (¡Ah! qué idea! ¡Es mejor, sí!)
Oiga usted: ¡soy una fiera!
(Trayéndole al proscenio cogido por las solapas de la levita.)

TORCUATO. Lo creo.

EMILIO. Gran tirador
de sable y pistola.

TORCUATO. (¡Atiza!)

EMILIO. Escoja usté: una paliza
ú obedecer.

TORCUATO. (¡Pues, señor,
la eleccion no es muy dudosa!)
Bien: ¿qué quiere usté de mí?

EMILIO. Poca cosa. Entre usté ahí
sin replicar.

TORCUATO. (¡Qué graciosa
situacion!) Pero...

EMILIO. ¡No admito
escusas!
TORCUATO. (¡Ay qué Neron!
Me va á salir sarampion
del disgusto!)
EMILIO. ¡Y si da un grito,
si álguien llega á sospechar
de que está usté ahí encerrado!...
TORCUATO. Nó, nó; yo estaré callado.

(Lo encierra en la primera habitacion de la izquierda, aunque sin quitar la llave.)

EMILIO. ¡Pronto lo he de averiguar!

ESCENA VII

EMILIO. despues MIGUEL.

EMILIO. ¡Ana!—¡Si no puede ser! (Llamando.)
Pero... ¿y esta papeleta?

(Se ha guardado la carta y la papeleta la tiene en la mano.)

¿Y la leccion de ruleta?
¿Y este hombre?... ¡Voy á perder
el juicio!...
MIGUEL. ¿Qué te sucede?
EMILIO. Nó, dí mejor: ¿qué nos pasa?
(¡Qué idea! Voy á esta casa
de empeños, y que ese se quede
encerrado.) (Por la casa de préstamos que indica la papeleta.)
MIGUEL. ¿Vas á hablar?...
EMILIO. Me quiero antes persuadir.
Sólo te puedo decir
que haces bien en sospechar
de Adela.
MIGUEL. ¿Te burlas?
EMILIO. Nó.
MIGUEL. ¡Explícate!
EMILIO. Tengo pruebas...
MIGUEL. ¡Cielos!
EMILIO. De aquí no te muevas
hasta que regrese yo.

MIGUEL. ¡Perjura!

EMILIO. ¡Paciencia! ¡Calma!

(Deteniendo á su hermano que quiere ir en busca de su mujer.)

¡Ni una palabra, ni un gesto
hasta mi vuelta!

MIGUEL. ¡Es que esto,
chico, le llega á uno al alma!

EMILIO. ¡Oh! ¡y tanto!

MIGUEL. ¿Ana tambien?...

EMILIO. ¡Tambien: tambien me la pega!

MIGUEL ¡Horror!

EMILIO. ¡Me consta que juega,
y que pierde!...

MIGUEL. Pero ¿quién
ó quiénes?...

EMILIO. ¡No has de decirlas (Sin hacerle caso.)
ni tanto así de este asunto!

MIGUEL. Si puedo...

EMILIO. Yo vuelvo al punto.

(Vase segunda puerta derecha.)

MIGUEL. ¡Pronto, para confundirlas!

ESCENA VIII

MIGUEL: despues ADELA.

MIGUEL. «Piensa mal y acertarás,»
dice un refran que yo sé.
Yo pensé mal... y acerté.

ADELA. (¿Sí? ¡Pues tú lo pagarás!) (Que le habrá oido.)

MIGUEL. (¡Ella!)

ADELA. (¡Valor, y adelante!)

MIGUEL. (¡Qué mal me reprimo! ¡Ingrata!)

ADELA. Miguel.

MIGUEL. (¡Cómo se retrata
la traicion en su semblante!)

ADELA. ¿Qué tiénes? ¿Qué te ha pasado?

(Con extremada solicitud.)

MIGUEL. Nada.

ADELA. Mejor que mejor.

(Se sienta en el confidente, saca un caramelo de los que traerá en el bolsillo y arroja el papel cerca de su esposo, con el fin de que éste se fije en ella. Miguel no hace caso.)

¿Quieres hacerme un favor?

MIGUEL. ¡Cuál?

ADELA. Ven: sentarte á mi lado.

MIGUEL. ¡Me encuentro muy bien aquí!

ADELA. No me extraña lo que escucho.
Hace mucho tiempo, mucho,
que advierto que huyes de mí.

MIGUEL. (¿Y se atreve á provocarme?)

ADELA. Soy, no obstante, de las tercas;
y ya que tú no te acercas,
tendré yo que aproximarme.

(Coge una silla y se sienta al lado de Miguel. Al mismo tiempo que está hablando, procura dar vueltas al caramelo que tiene en la boca.)

MIGUEL. ¡Qué cinismo! (Levantándose.)

ADELA. ¡Hombre, por Dios, (Haciéndole sentar.)
no te vayas: sientate!

MIGUEL. (¡Señor: paciencia!)

ADELA. ¿Por qué
no hemos de charlar los dos
un rato aquí, sin testigos?
¿O es que á mí me negarás
lo que, de seguro, das
al peor de tus amigos?
¿Qué tienes? ¡Algo me oculta
ese pecho en este instante!
¿Qué sientes?

MIGUEL. ¡Ay qué cargante!
¡Nada!

ADELA. ¡Bien!

MIGUEL. (¡Es que me insulta
al mostrar tal interés!)

ADELA. Callaré si te incomodas.
¡Te amo tanto!...

MIGUEL. (¡Lo de todas!)

ADELA. ¡No te enfades!
MIGUEL. (Cierto es!) (Estúdiese esta frase.)
ADELA. ¡Alza la vista del suelo,
que pueda yo verme en tí!
MIGUEL. ¡Adela! ¡Adela!
ADELA. ¡Así, así!
MIGUEL. ¿Qué comes?
ADELA. Un caramelo.
MIGUEL. (¡Dios mio!)
ADELA. ¿Qué, quieres uno?
MIGUEL (¡Qué casualidad!) Sí, dame...
(¿Qué apostamos que esta infame?)
ADELA. Este es hoy mi desayuno.
MIGUEL. ¿Sí?
ADELA. No he tomado otra cosa,
y eso que es tan tarde.
MIGUEL. (¡Oh!)
Mira: no sabia yo
que fueses tú tan... ¡golosa!
(Al tomar el caramelo que le ha dado Adela, lo desenvuelve y procura ver si el papel tiene algo escrito.)
ADELA. Nó, pues no soy mucho.
MIGUEL. (¡Infiel!)
ADELA. ¿Qué haces, hombre? ¿Tú estás lelo,
ó es que en vez del caramelo
vas á comerte el papel?]
¡Ay qué cara!
MIGUEL. (¡No reposo!)
ADELA. ¡Ah! ¡Necia! Pues si sé ya
lo que tú tienes... ¡Ja! ¡ja!...
¡Siempre has sido tan celoso!...
MIGUEL. ¡Mira que esto es inaudito!
ADELA. ¿Conque usted de mi recela?]
MIGUEL. ¿Y es sín razon?
ADELA. ¡Ja! ¡ja!
MIGUEL. ¡Adela!
ADELA. ¡Vaya otro caramelito! (Mucha coquetería.)
¡Mira, y de guayaba!
MIGUEL. ¿Sí?
ADELA. ¡Sí: para tí lo guardaba!

MIGUEL. (¡Dios mio, me da guayaba!)
¡Ah! (Al desenvolverle y mirar el papel.)

ADELA. (¡Ya dió con ello!)

MIGUEL. Dí:
¿qué es esto? ¡Nó! ¡Calla! ¡Vete,
vete de mi lado!

ADELA. ¡Ay, hijo! (Mostrándose sorprendida.)

MIGUEL. ¡Dámelos todos: lo exijo!

ADELA. ¡Bien, hombre: toma el paquete!

(Dándole el paquetito de caramelos que traerá en el bolsillo. Miguel los arroja sobre un velador, y muy colérico y convulso comienza á desenvolverlos.

MIGUEL. ¡A ver!...

ADELA. (Mucho le exaspero;
pero ese ardor le redime.)

MIGUEL. ¡Una ka! ¡Una jota! Dime:
¿esto es una *o* ó un cero? (Mostrándola un papelito.)

ADELA. ¡Ay, yo no sé; soy tan lerda!...

MIGUEL. ¡Es cero, no hay duda, nó:
como diciendo que yo
soy aquí un cero á la izquierda!
¡Mas ya lo veremos!

ADELA. ¡Hombre!

MIGUEL. Díme; ¿dónde se han comprado?

ADELA. Si me los han regalado.

MIGUEL. ¿Quién?

ADELA. ¿Quién?

MIGUEL. ¡Su nombre! Su nombre!

ADELA. ¡Cálmate!

MIGUEL. ¡Que así me vendas,
infiel!

ADELA. ¿Yo infiel á tu amor?

MIGUEL. ¡Sí, señora!

ADELA. ¡Nó, señor!

MIGUEL. ¡No me insultes!

ADELA. ¡No me ofendas!

MIGUEL. ¿Conque no amas?

ADELA. ¡Con locura!

MIGUEL. ¿Y lo confiesas?

ADELA. ¡Pues sí!

MIGUEL. ¡Qué descaro!
ADELA. ¡Si es á tí!
MIGUEL. ¡Perjura!
ADELA. ¡Miguel!
MIGUEL. ¡Perjura, aparta!
ADELA. (¡Voy viento en popa!) Escucha.
MIGUEL. ¡No!
ADELA. ¡Pues adios!
MIGUEL. ¡Nos veremos!
ADELA. ¡Si! (Los dos van apurando la copa!)

(Vase por la primera puerta derecha.)

ESCENA IX.

MIGUEL: despues TORCUATO.

MIGUEL. Pero, señor, ¿es posible?
¡Pues claro! ¿No lo estoy viendo?
Yo necesito saber
quién es el vil que trae esto. (Por el paquete.)
¡Si le cojo entre mis manos!...
TORCUATO. ¡Caballero! (Llamando dentro.)
MIGUEL. ¿Eh?
TORCUATO. ¡Caballero!
MIGUEL. Pero ¿quién diablos me llama?
TORCUATO. ¡Aquí!
MIGUEL. ¿Dónde? Si no veo...
TORCUATO. ¡Aquí en este gabinete!
Hágame usted el obsequio
de abrir, estoy encerrado.
MIGUEL. (¡Un hombre aquí! ¡Dios eterno!
¿Será esta la prueba que
Emilio?... Ahora lo veremos.)
¡Salga usté!...
TORCUATO. ¡Un millon de gracias!
MIGUEL. No hay de qué.—Mas sin rodeos:
¿qué hacia usted en ese cuarto?

TORCUATO. Diré á usted...

MIGUEL. ¡Sin cumplimientos!

TORCUATO. Soy Torcuato Riotinto.

MIGUEL. Al grano.

TORCUATO. (¡Uy! ¡qué mal génio!)
He venido aquí á cobrar...

MIGUEL. ¿De parte del usurero
don Simon?

TORCUATO. No tal: de parte
de unas señoras...

MIGUEL. ¡No es cierto!

TORCUATO. ¿Eh? (¡Qué afan de desmentirme
tienen estos caballeros!)
Le juro á usted que es verdad
cuanto le digo.

MIGUEL. ¡Acabemos!
¿Conoce usté este paquete? (Mostrándoselo.)

TORCUATO. ¿Cómo?

MIGUEL. ¿Y estos caramelos?

TORCUATO. ¿A ver?—«La colmena de oro». (Leyendo.)
¡Sí, señor; y son muy buenos!
Doy fé, porque compro muchos.

MIGUEL. Sí, si estoy en el secreto.
(¡No sé como no le ahogo!)
Oiga usted, yo soy de hierro:
¡tengo el corazon de bronce!

TORCUATO. ¡Ay Dios!

MIGUEL. ¡Y entrañas de acero
colado!

TORCUATO. Es usté una mina
sin explotar.

MIGUEL. ¡So embeleco!
¿Es que piensa usted burlarse?
(Cogiendo una silla para tirársela.)

TORCUATO. ¡Nó, no tal! ¡Socorro! ¡fuego!
(¡Ah! ¡qué idea! ¡Así me escapo!)
¡Señor mio, este atropello
de que yo estoy siendo víctima,
ni es justo ni le tolero!

MIGUEL. ¿Eh? ¿qué quiere usted decir?

TORCUATO. ¡Ahí tiene usted, y hasta luego!
(Alargándole su tarjeta que Miguel rechaza, deteniéndole al mismo tiempo.)

MIGUEL. ¡Cá, nó! ¡Si usted no se vá!
¿Duelitos á mí?

TORCUATO. ¡Eso quiero!

MIGUEL. Sí, yo lo mato á usted;
pero ha de ser como á un perro.

TORCUATO. Pero, hombre, ¿por qué?

MIGUEL. ¿Por qué?
¿Acaso no ha dado en ello?
¡Yo soy su esposo!

TORCUATO. ¿Mi esposo?

MIGUEL. (¡Este es un pillo ó un necio!)
¡Esposo de esta señora!

TORCUATO. ¡Dios mio! ¡Qué estoy oyendo!
¿Pues no es viuda?

MIGUEL. Demasiado
sabe usted que nó.

TORCUATO. (¡Yo muero!)

MIGUEL. ¡Hácia aquí viene! (Mirando)

TORCUATO. ¡Que venga,
que venga es lo que deseo!

MIGUEL. ¡Cá, nó! ¡si va usté á decirla
que yo he salido!

TORCUATO. Comprendo.

MIGUEL. Y va usted á hablar con ella,
mientras yo en este aposento...

TORCUATO. Ese recurso es muy pobre
y además muy violento.

MIGUEL. Bien: será lo que usted quiera.
Pero es el único medio
de probarme su inocencia.
¡Y si hace usté un solo gesto!...

MIGUEL. Hombre, de eso no respondo:
soy un manojo de nervios,
y...

MIGUEL. Pues bien: ¡si ella sospecha
que yo les estoy oyendo...
salgo y lo estrangulo á usted!

TORCUATO. ¡Pero hombre!...
MIGUEL. ¡Lo dicho!
(Entra en la primera puerta izquierda, quedándose entre las cortinas.)

TORCUATO. ¡Cielos!
¡Y lo hará como lo dice!
¡De aquí salgo sin pellejo!

ESCENA X.

TORCUATO, ADELA, MIGUEL oculto tras las cortinas.

ADELA. ¡Oh, señor de Riotinto!
¿Usted por aquí otra vez?
TORCUATO. Yo... sí... (¡Qué cara de juez!)
El actor encargado de este papel comprenderá perfectamente lo crítico de su situacion. Toda la escena debe hacerla temblando y sin apartar la vista de la habitacion en que está Miguel.)
¡Ya voy!—(¡Tengo un laberinto
(Contestando á las señas que le hace Miguel para que hable á su esposa.)
de ideas en mi cabeza!...)
Señora, debo advertir
que yo...
ADELA. (Se va á divertir
el que escucha en esa pieza!)
Siéntese usted.
TORCUATO. (¡Sí, al momento!)
ADELA. Y hable cuanto guste ahora.
TORCUATO. Muchas gracias; nó, señora.
ADELA. ¿Cómo? ¿qué?
TORCUATO. ¡Que no me siento!
ADELA. ¿Tanta prisa tiene usté,
ó tan mal se halla á mi lado?
TORCUATO. Nó, mas... (Bien, ya estoy sentado.
(Miguel le hace señas.)
Verdugo!)
ADELA. ¡Pero hombre!
TORCUATO. ¿Qué?
ADELA. ¡La ocurrencia es peregrina!
TORCUATO. Nó, pues yo no he dicho nada.

ADELA. Sí, si ya lo sé.

MIGUEL. (¡Taimada!)

ADELA. Mas yo no tengo bocina;
y aunque así podemos vernos,
para el caso no es igual,
porque á una distancia tal
es imposible entendernos. (Mucha atencion.)

TORCUATO. (¡Qué lenguaje, santo Dios!)

MIGUEL. (¡Acérquese usted!) (A Torcuato.)

TORCUATO. ¡Corriente!

ADELA. Aquí en este confidente
hay sitio para los dos.

(Torcuato se sienta al lado de Adela. Las figuras deben estar colocadas de modo que Torcuato y Miguel se vean de frente, y Adela de espaldas á su esposo.)

TORCUATO. (¡Esto se pone muy serio!)

ADELA. ¡Ajajá!

TORCUATO. (¡Y el otro allí!)

ADELA. Ea, empiece.

TORCUATO. (¡Desde aquí
me llevan al cementerio!)

ADELA. (¡Veremos si te resistes
á esta leccion!)

TORCUATO. (¿Y que digo?)
Su esposo de usté...

(Queriendo indicarle con los ojos que Miguel escucha. Adela no le entiende.)

ADELA. ¡Ay, amigo!
¡no hablemos de cosas tristes!

TORCUATO. Iba á decir que salió...

ADELA. Bien: ya volverá...

TORCUATO. (¡Y al punto!)

ADELA. Hábleme usted de su asunto
y dejémosle en paz.

MIGUEL. (¡Oh!)

ADELA. El pobre anda por ahí
ajeno de que aquí estamos...

TORCUATO. ¡Sí; muy ajeno! (Apostamos
que se ha prendado de mí!
¡Y es preciosa!)

ADELA. Vamos... ¿qué?
TORCUATO. Temo dar á usted enojos...
(¡Ay! ¡qué ojos, señor, que ojos!) (Por los de Miguel)
ADELA. ¡Cómo!
TORCUATO. ¡Qué ojos tiene usté!
ADELA. ¡Já! ¡Já!
TORCUATO. (¡Se alegra! ¡Yo muero!...)
Señora...
ADELA. ¡Nó, si me rio!...
Ante todo, amigo mio,
¿usté es casado ó soltero?
TORCUATO. Lo que á usté le agrade más.
Digo, nó, me he equivocado:
soy casado y muy casado,
y con hijos además.
Adoro á mi esposa, ciego,
y Dios nuestro amor bendice;
así que, como quien dice,
estoy ya fuera de juego.
(¡A ver si ese tigre hircano
cesa ya de sospechar!
¡Miento; mas en mi lugar
mintiera el mejor cristiano!)
ADELA. Pues me resisto á creer
ese amor que usted proclama:
si tanto á su esposa ama,
¿por qué dice á una mujer
lo que antes á mí me ha dicho
lleno de amoroso afan?
¿Por qué, moderno don Juan?
TORCUATO. ¡Ahí verá usted, por capricho!
porque me obligan... á ello
las gracias que usté atesora;
por eso mismo.
ADELA. ¿Sí?
TORCUATO. (¡Ahora
me ahogaban con un cabello!)
ADELA. Ciego dice usted que está,
y el que está ciego no ve.
TORCUATO. (¡Y tanto!)

ADELA. Más claro; que
usted para sí dirá:
«Mujer que por su marido
se ve tan abandonada
y sin piedad relegada
al más humillante olvido,
por fuerte y santa que sea,
es tanto lo que padece,
que si otro su amor la ofrece.. »
TORCUATO. (¡Ay, Dios mio, que flaquea!)
ADELA. «Sólo por dar que sentir
al infiel que la maltrata,
es capaz...
TORCUATO. (¡Ahora me mata!)
ADELA. ¡Jesús! ¡lo que iba á decir!
TORCUATO. Sí, sí; no diga usted más:
lo que resta lo adivino.
ADELA. ¡Mi esposo es un libertino!...
TORCUATO. ¡Nó, nó!
MIGUEL. (¡Ya me lo dirás!)
ADELA. ¡De esos que al crimen incitan
con su infame proceder!
TORCUATO. Consuele á usted el saber...
ADELA. Sí, que hay muchos que lo imitan
y exigen de sus esposas
amor y fidelidad.
TORCUATO. Señora, ¡por caridad,
no me diga usté esas cosas!
ADELA. ¡Usted me ama, de fijo!
TORCUATO. ¡Yo, nó! (Levantándose muy asustado.)
ADELA. Y aunque bien no cuadre
á...
TORCUATO. ¡Chist! ¡chis!... (Creo en Dios padre!)
MIGUEL. ¡Infames!
TORCUATO. Creo en Dios hijo.
(Al decir esto cae medio desmayado en el asiento.

ESCENA XI.

Dichos. MIGUEL: despues ANA.

ADELA. Pero ¡estás loco!
MIGUEL. ¡Traidora!
TORCUATO. (¡Qué situacion tan cruel!)
MIGUEL. ¡Te he escuchado!...
ADELA. ¡Sí!...
ANA. ¡Miguel!
(Entrando muy azorada.)
¡Abajo está una señora
que pretende verte!
MIGUEL. ¡A mí!
ANA. Y grita que se las pela.
Dice que se llama Adela...
MIGUEL. (¡Dios mio!)
TORCUATO. (¡Adela!)
ANA. Y que si
no la obedeces muy listo...
ADELA. ¡Quién te manda de tal modo!
ANA. Sube, atropella por todo
y arma la de Dios es Cristo!
ADELA. ¡Qué mujer es esa!
MIGUEL. Voy...
(Sumamente contrariado y sin saber qué responder.)
TORCUATO. Diga usted, ¿qué señas tiene?... (A Ana.)
MIGUEL. Una señora que viene...
ADELA. ¡Abuscarte; sí; ya estoy:
esa es alguna querida!...
¡Yo quiero verla!...
MIGUEL. ¡Nó! (¡Cielos!)
ADELA. ¡Y tú de mí tienes celos!
MIGUEL. Déjame: vuelvo en seguida.
(Pero... este se escapará...)
Pase usté á esa habitacion...
TORCUATO. ¡Otra vez!
MIGUEL ¡Sin dilacion!

TORCUATO. (¡Si será!... ¡Si no será!)

(Miguel encierra á Torcuato en la misma habitacion de que le sacó, guardándose la llave y corriendo además un pestillo.)

ADELA. ¡Esos son necios estremos:
el señor es inocente!

MIGUEL. Bien: vuelvo al punto.

ADELA. Corriente:
¡mal esposo!

MIGUEL. ¡Ya hablaremos!

(En tono de amenaza y saliendo precipitadamente por la segunda derecha.)

ESCENA XII.

ADELA y ANA.

ADELA. ¡Oh! ¡no hay tiempo que perder!

ANA. ¡Esto es provocarles mucho!

ADELA. Animo, no me abandones,
que falta poco; lo último.

ANA. No dirás que no fuí exacta
en venir.

ADELA. Sí; muy á punto.
¿Y ese hombre?

ANA. ¿El usurero?
¡Ahí está hecho un energúmeno!
Como ha venido tres veces
y no ha encontrado á ninguno
de los dos...

ADELA. Dile que venga.
¡El cambiazo va á ser chusco!

ANA. ¡Dorotea, trae á ese hombre!

(Llamando. La criada aparece y vuelve á salir enseguida.)

ADELA. Se le darán sus mil duros;
pero antes ha de ayudarnos
á conseguir nuestro triunfo.

ESCENA XIII.

Dichas. D. SIMON, DOROTEA.

ADELA. Pase, pase usté adelante.
SIMON. ¿No están? ¡Esto es un abuso!
¡esto no se hace con nadie!
¡Esto es estafarle á uno!
Ya he venido siete veces
y otras que vengo y no subo
y me estoy en el portal
acechando: son recursos
de que tengo que valerme...
ADELA. Bien; mas...
SIMON. Su esposo... nó, el suyo...
(Dirigiéndose alternativamente á las dos.)
me ha mandado que viniera
y aún no le he visto: presumo
que fué por desentenderse
de mí.
ADELA. ¡Por Dios!
SIMON. ¡Mas les juro!...
ANA. Bien: ¿usted querrá cobrar?
SIMON. ¡Me parece que es muy justo!
ADELA. Pues yo le prometo á usted
que cobrará.
SIMON. ¡Oh! ¡de seguro!
ADELA. Y hablará usted con los dos.
SIMON. Ese es mi deseo único.
ADELA. Pronto, acompaña al señor. (A Dorotea.)
DOROTEA. Venga usted.
SIMON. ¿Qué es lo que escucho?
¿Es así como se paga?
ADELA. Yo lo que prometo cumplo.
Quiero que usted les sorprenda.
SIMON. Bien: de ese modo... mas dudo...
ADELA. Entran ustedes por casa, (A dorotea.)
dan la vuelta...
SIMON. (¡Con qué gusto

les echaria á presidio!)

DOROTEA. Vamos...

ADELA. Si el otro hace escrúpulos,
con un engaño cualquiera...

DOROTEA. Descuide usted.

(Vase con don Simon, por la segunda puerta derecha.)

ADELA. ¡Ay! ¡yo sudo!

ESCENA XIV

Dichas: luego TORCUATO.

ANA. ¡Dios quiera que tanta farsa
no nos dé serios disgustos!

ADELA. ¡Encerrarle en ese cuarto!...
¡Oh, sí! ¡el cielo lo dispuso!
¡Bendita puerta secreta
y quien tal idea tuvo!
¡Cómo se van á quedar
mi buen marido y el tuyo
al ver salir á...

TORCUATO. ¡Respiro!
¿No está su esposo el verdugo?

ADELA. ¡Nó!

TORCUATO. ¡Mi baston, mi sombrero! (Cogiéndolos de donde los haya dejado)
¡No estoy aquí ni un minuto!

ADELA. Es que estarán á la puerta;
y al verle salir...

TORCUATO. ¡San Bruno!
¡No importa, por la boardilla
me marcho: yo más no sufro!

ANA. ¡Pobre! Deja que se marche.

ADELA. Nos hace aún falta.

TORCUATO. ¡Qué escucho!
¡Oigo voces! ¡Ellos son!
¿No hay por ahí un baul mundo?
¡Un armario, en cualquier parte!

ADELA. ¡Aquí!

TORCUATO. ¡Nó, no estoy seguro!

ADELA. ¡Que llegan!

TORCUATO. ¿Tiene cerrojo?
ADELA. ¡Sí!
ANA. (¡Yo tiemblo!)
ADELA. (¡Disimulo!)

ESCENA ÚLTIMA.

Dichas. EMILIO, MIGUEL y TORCUATO entre las cortinas. Emilio y Miguel, ciegos de furor, se dirigen cada cual á su mujer y las llevan al proscenio. Todos quieren hablar á un tiempo, pero procurando que lleguen bien al público todas las palabras. Esta escena debe ser un relámpago.

EMILIO. ¡Venga usted, señora!
MIGUEL. ¡Responda usté, ingrata!
EMILIO. ¿Conque usted empeña?...
MIGUEL. ¿Conque usted me engaña?
EMILIO. ¿Conque *caballitos*?
MIGUEL. ¿Conque la *guayaba*?
ADELA. ¡Yo!
ANA. ¡Yo!
EMILIO. ¡Que vergüenza
jügar una dama!
MIGUEL. Admitir piropos
de un quidam, de un máudria!...
TORCUATO. (¡Creo que me nombran!)
EMILIO. ¡Esto es una infamia!
ADELA. ¡No es cierto!
MIGUEL. ¿No es cierto?
EMILIO. ¿Me engaño?
ANA. ¡Te engañas!
EMILIO. ¿Miguel, oyes esto?
ADELA. ¿Oyes esto, Ana?
EMILIO. ¿Aún niegas?
ADELA. ¡Aún niego!
MIGUEL. ¡Pues basta!
EMILIO. ¡Pues basta!

(Los dos se dirigen al cuarto donde dejaron encerrado á Torcuato, que es el primero de la izquierda. Ana y Adela se reunen celebrando el triunfo que van á conseguir.)

TORCUATO. (¡Oh qué par de tigres!
¡Si allí me encontraran!...)
EMILIO. Oye: ¿tú qué buscas
aquí en esta estancia?

MIGUEL. Eso te pregunto.
TORCUATO. (¿A que ahora se agarran?)
EMILIO. ¿Dónde está esta llave?
MIGUEL. ¡Aquí!
EMILIO. ¿Y quién te manda?...
¡La vida de este hombre
es mia!
MIUEL. ¡Caramba!
¡Pronto lo sabremos!
¡Que salga!
EMILIO. ¡Que salga!
LOS DOS. ¡Salga usté al punto!

(Han abierto la puerta y se presenta D. Simon, que con muy bruscas maneras dice:)

SIMON. Pero ¿se me paga?
LOS DOS. ¡Don Simon! ¿Qué es esto?
EMILIO. ¿Y el que aquí se hallaba?
SIMON. ¡Basta de encerronas!

(Se oye en la calle un organillo que toca *La Traviata.*)

MIGUEL. ¡Cielos! *¡La Traviata!*
ADELA. ¿Quién es este hombre?
TORCUATO. (¡Dios mio, qué casa!)
ADELA. (Asomándose por el balcon y envolviendo unos cuartos en un papel, que le arrebata su esposo, conforme lo marca el diálogo.)

¡Ay! ¡es el que viene
todas las mañanas!
Le echaré unos cuartos...
SIMON. Voy al juez de guardia.
MIGUEL. ¡Traiga usté eso, infame!
ANA. Y ahora ¿por qué callas?
TORCUATO. (¡Igual hace Adela!
¡Esto ya me escama!)
MIGUEL. «Mañana al Retiro...» (Leyendo.)
SIMON. ¡No valen palabras!
EMILIO. ¡Dios mio!
MIGUEL. ¡Dios mio! (Tirándose sobre unas butacas.)
ANA. ¡Nos aman!
ADELA. ¡Nos aman!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

MIGUEL y EMILIO, ambos sentados en butacas y dormidos.

EMILIO. ¿Eh? ¡Demonio!... ¡Me he dormido!
¡Y qué sueño, Santa Tecla!
Soñaba que mi mujer
daba impulso á una ruleta.
y que yo estaba jugando.
¡Sólo el pensarlo me altera!
¿Habrán venido? ¡No hay nadie!
(Levantándose y registrando toda la escena.)
¡Y son ya las cinco y media!...
«Dormid tranquilos: estamos
(Leyendo un papel que habrá sobre el velador.)
en casa de la Condesa.»
¿Se jugará allí? Pues nó,
y se bailará sin tregua,
y habrá buffet, y habrá pollos
y con tomates... ¡pérfida!
y estará allí el Riotinto,
y ella, infiel, falsa y coqueta...
¡Bah! ¡Nó, la estoy ofendiendo!...
¡Imposible!... ¡Tan modesta,

tan amorosa, tan santa!...
¡Oh! desde que sé que juega
creo que oculta en su pecho
cuanto hay de malo en la tierra.
¡Dios mio! ¡Si ya amanece! (Asomándose al balcon.)
¡Miguel!... ¡Pero, hombre, despierta!

MIGUEL. ¡Ah! ¿Eres tú?

EMILIO. ¡Yo! ¡Cuidado
que se necesita flema!...

MIGUEL. ¿Para qué?

EMILIO. Para dormir
en situacion como ésta.

MIGUEL. Hombre, me quedé traspuesto;
pero he soñado con ella,
con mi mujer.

EMILIO. ¡Como yo!

MIGUEL. ¿Y te extraña que me duerma?

EMILIO. Es que yo sueño despierto...

MIGUEL. Bien. ¿No han venido?

EMILIO. Ni piensan,
por lo visto.

MIGUEL. ¡Yo no aguanto
más; no tengo paciencia:
¡me voy!

EMILIO. Pero ¿dónde vas?

MIGUEL. A casa de esa condesa...

EMILIO. ¿Y sabemos por ventura
qué título es el que lleva
dicha señora, si hasta hoy
ignoramos que tuvieran
tales relaciones?...

MIGUEL. Cierto.

EMILIO. ¡Valiente noche!

MIGUEL. ¡Soberbia!
¡Mira que estar esperándolas
aquí siete horas enteras!...
A mí se me han hecho años.

EMILIO. ¡A mí siglos!

MIGUEL. ¡Y ese pécora,
ese mono con levita,

estará allí dando vueltas!
Pero lo que aún no me explico
es cómo, de qué manera
se escapó.

EMILIO. Yo le encerré
y dejé la llave puesta.

MIGUEL. Y yo le volví á encerrar,
y hasta tengo la certeza
de haber corrido el pestillo.

EMILIO. Menuda fué la sorpresa...
¡hallarnos con don Simon!...

MIGUEL. ¡No me le nombres siquiera!
¿Le pagaron?

EMILIO. Le pagaron.

MIGUEL. Porque yo no me doy cuenta
de lo que pasó despues.
En fin, ménos mal. ¡No llegan! (Muy impaciente.)
¡Ah! Ya me habia olvidado...
¿No dices que tienes pruebas
de que mi esposa es culpable?

EMILIO. Las tengo.

MIGUEL. Vamos á verlas.

EMILIO. Tengo una carta.

MIGUEL. ¿Una carta?

EMILIO. Que con una papeleta
de empeño, estaba escondida
en el *secretaire*: espera... (Registrándose los bolsillos.)
¡creo que la llevo aquí!

MIGUEL. ¿Qué dice?

EMILIO. Dice á la letra... (Lee.)
«Mañana, á las siete en punto,
bajo para ir á la Perla.
Mi honor á tu honor lo fio.»

MIGUEL. Cielo santo, ¡qué sospecha!
(Todo asustado por el recuerdo de la carta.)
¿Tiene un borron el «honor?»

EMILIO. Sí le tiene.

MIGUEL. Pues es de ella.

EMILIO. ¿De qué ella?

EMILIO. ¡De la otra!

EMILIO. ¿De qué otra?
MIGUEL. ¡Qué torpeza!...
De mi...
EMILIO. ¡María Santísima!
MIGUEL. ¡Ay! ¡Y habrá visto esta esquela
mi mujer!...
EMILIO. ¡Pues está claro!
Pero ¿tienes la evidencia?
MIGUEL. ¡Sí, hombre! ¡Si en cuantas cartas
me ha mandado hasta la fecha
ha echado en el mismo sitio
un borron! ¡Oh! ¿Con qué fuerza
moral, ahora á mi mujer
me atrevo á pedirle cuentas?
EMILIO Si no fueras imprudente...
Esos papeles se queman.
Mas no importa; aquí estoy yo.
¡Chist! que creo que se acercan.

ESCENA II.

Dichos. ADELA y ANA. Vienen con trajes de baile y con abrigos, riéndose y fingiendo no reparar en sus maridos hasta que lo marque el diálogo

ADELA. ¡Ja, ja! ¡Vamos, aún me rio!
El lance ha sido extremado.
Mira que haber *desbancado*
á la condesa...
EMILIO. (¡Dios mio!)
ANA. ¿Pues y aquel otro que á tí...
ADELA. ¡Ay! ¡Si no le pongo gesto...
EMILIO. ¡Pero, señor! ¿Oyes esto? (A Miguel.)
ADELA. ¡Ah! ¡que estais los dos aquí!
EMILIO. Ya lo ves.
ADELA. A fé de Adela
que...
MIGUEL. ¿Te espantas?
ADELA. ¡Sí, me espanto!
MIGUEL. ¡Qué quieres, nos gusta tanto
pasar las noches en vela...

ADELA. Eso hace tiempo lo sé:
¡mejor dicho, lo sabemos!
¡Ea! Nosotras tenemos
que dormir... (Medio mutis.)
MIGUEL. ¡Señora! (Con energía.)
ADELA. ¿Qué? (Con altaneria.)
MIGUEL. Nó, nada.... (¡Todo lo sabe!)
EMILIO. Esperad
ADELA. Pero...
EMILIO. ¡Lo exijo! (Con fuerza.)
ANA. Mira, yo... (Queriendo sincerarse y pronta á descubrirlo todo.)
ADELA. (¡Silencio!) Ay, hijo, (A Ana con rapidez.)
¿á qué ese tono tan grave.
y ese ceño tan adusto?
EMILIO. ¿Y aún lo preguntas?
ADELA. ¡Es claro!
Habla: no tengas reparo.
EMILIO. Decidme: ¿es lícito, es justo
que estemos aquí los dos
de horribles celos muriendo
cuando os estais divirtiendo
por esos mundos de Dios?
¿No es indigno proceder
que de los límites pasa,
que se esté el marido en casa
y en el baile la mujer?
¿No es... ¡achi! (Estornuda.)
ANA. ¡Jesus!
EMILIO. Dí, dí:
¿no es esto un cruel sarcasmo,
que hasta hemos cogido un pasmo
por esperaros aquí?
¿Quién tal maldad supusiera?
¿Quién tal hubiera creido?
ADELA. ¿Conque tanto habeis sufrido (Con compasion cómica.)
en una noche de espera?
¡Pues juzgad cuántos disgustos
y cuántos pasmos cogieron!
las que uno tras otro vieron
trascurrir dos años justos

esperando que á su hogar
volviera su esposo amado! (Movimiento de los dos.)
Nó; si nos hemos cansado
ya de sufrir y esperar:
que en este mismo sillon
tanto frio hemos sentido,
que ya está seco, aterido
nuestro pobre corazon.

EMILIO. ¡Adela!

ADELA. Hoy por vez primera
rompimos nuestra clausura
y... mira, se me figura
que no será la postrera...

EMILIO. ¿Sí, eh?

ADELA. ¡Porque hemos pasado
el tiempo admirablemente!

EMILIO. ¡Sí, si ya lo sé!

MIGUEL. (¡Serpiente!)

EMILIO. Ya sé que habeis *desbancado*...

ADELA. ¡Jesús! (Medio mútis.)

MIGUEL. ¡Esperad! ¿No ois?

ANA. (¡Ay!)

MIGUEL. Esas no son razones:
queremos explicaciones.

ADELA. ¿Aún más?

MIGUEL. ¿De dónde venis?

ADELA. ¿No lo oyes? De divertirnos.
Pues qué ¿no somos de Dios
como sois vosotros dos?...
¿O creísteis que al unirnos
para siempre, al pronunciar
el *sí* que á todos ataba,
una mártir ó una esclava
comprásteis en el altar?

ANA. ¡Por Dios, déjales, no hables! (A Adela muy asustada.)

ADELA. ¡Os engañais muy de veras:
somos vuestras compañeras
y no siervas miserables!
Si debemos lamentar
vuestras penas y dolores,

todos vuestros sinsabores,
tambien debemos gozar
como vosotros gozais:
tambien nuestro corazon,
que ve con qué sin razon
crueles le atormentais,
necesita recrearse
para que no le ahogue el llanto,
ya que los que amaba tanto
nunca quisieron cuidarse
de darle paz y ventura
como juraron, impíos;
por eso á tantos desvíos
no pagamos con usura,
y á su profundo desden
con el desden contestamos:
si así los atormentamos,
que sufran ellos tambien,
que puedan por sí apreciar
el dolor que aquí sentimos:
como ellos cumplen, cumplimos:
¿de qué se pueden quejar?

MIGUEL. (¡Anda, contesta!)

(Este y Emilio están como anonadados por las razones de Adela.)

EMILIO. (¡Yo!)

MIGUEL. (¡Pues!...
porque yo estoy coartado.)

EMILIO. (¿Y acaso yo no he faltado?)

ADELA. (¿Lo ves, hermana, lo ves?)

MIGUEL. Pero aunque hemos delinquido
es muy diferente.

EMILIO. Sí.

MIGUEL. ¡Adela! ¡Adela!

ADELA. ¿Es á mí

(Muy séria y mirándole fijamente.)

ó á la otra?

MIGUEL. (¡Me ha partido!)

EMILIO. Es que si esas teorías...

ADELA. ¡Estamos rendidas!

EMILIO. ¿Eh?

ADELA. ¡Adios!
EMILIO. ¡Ana!
ADELA. (Sígueme.) (A Ana.)
¡Buenos dias!
ANA. Buenos dias.
(Vanse primera puerta derecha.)

ESCENA III

MIGUEL y EMILIO.

MIGUEL. Despues de esto, ¿qué nos queda?
EMILIO. ¡Una horca!
MIGUEL. ¡Nó, te engañas:
la separacion al punto!
EMILIO. Sí.
MIGUEL. Pero antes la venganza.
Yo necesito matar
á ese hombre.
EMILIO. ¿Y dónde se halla?
MIGUEL. ¿Crees que si lo supiera
no estaría ya en la caja?
Me voy á ver á Ramiro.
EMILIO. ¿Ahora?
MIGUEL. Ese tarambana
conoce á medio Madrid,
puesto que de todos habla,
y en todas partes se mete,
y á todos saluda y trata.
Quizá ese me dé noticia.
¿Recuerdas cómo se llama?
EMILIO. Riotinto. Pero observa
que ir ahora tan de mañana
á incomodar á tu amigo...
MIGUEL. Tengo con él confianza,
pero aunque no la tuviera.
Adios. (Va á salir de bata y con el sombrero puesto.)
EMILIO. Que vas hecho un facha.
MIGUEL. Es verdad: tira de aquí.
(Se quita la bata y se pone la levita.)

EMILIO. Te advierto que si le hallas
te le traigas por la posta.
MIGUEL. ¿Para qué?
EMILIO. La cosa es clara;
porque quiero que me saque
de estas dudas que me matan.
MIGUEL. ¿Pero aún dudas?
EMILIO. ¡Qúé sé yo!
Que no hagas una trastada
y...
MIGUEL. ¡Bueno; te le traeré,
y despues le rompo el alma! (Vase.)

ESCENA IV

EMILIO: despues ANA.

EMILIO. ¡Ay Dios mio! ¡En unas horas
estoy purgando las faltas
de mis treinta años! ¡Si creo
que hasta me han salido canas! (Mirándose á un espejo.)
ANA. (¡Nó, yo se lo cuento todo,
quiera ó no quiera mi hermana,
que la leccion, aunque justa,
se va haciendo muy pesada!)
¡Emilio!
EMILIO. Ven, ven aquí.
Siéntate ahí y séme franca.
(Con cierta entonacion cómica lo que sigue, despues de sentarse.)
¿Por qué tienes ese vicio
que tus virtudes empaña?
Si tú no eres ambiciosa
ni las riquezas te halagan,
¿qué vas buscando en el juego?
¿Qué es lo que pretendes, Ana?
¿Qué deseas tú en el mundo?
A mi lado, ¿qué te falta?
ANA. ¡Tu cariño!
EMILIO. ¡Mi cariño!...
¿Y le buscas en la banca

ó en la ruleta?...

ANA. ¡Pero, hombre!..

EMILIO. ¡No pronuncies más palabras,
que cada frase que dices
el corazon me desgarra!
¿Tú sabes lo que es el juego?...
¿Tú lo sabes, desgraciada?

ANA. ¡Oh!

EMILIO. ¿Sabes tú que ese vicio
es huracan que arrebata
los más nobles sentimientos
que florecen en el alma?
¿Sabes que todo el que juega
lleva la ruina á su casa?
¡Así estamos sin un cuarto! (Con exásperacion cómica.)
¡Así empeñamos alhajas!...
¡Y así tendremos un dia
que empeñar hasta las sábanas!
¿Ignoras que el jugador
es un sér que se degrada
á tal punto, que hasta olvida
sus afecciones más caras?
¿Sabes que pierdes mil veces
por sólo una vez que ganas,
y que hay muchos caballeros
que sin ser justicia *amarran*?

ANA. Pero...

(Aparece Adela por la primera puerta derecha, desde donde oye lo que resta de la escena.)

ADELA. (¡La está predicando
él mismo! Pues tiene gracia.)

EMILIO. ¿No sabes que la ruleta
es fiera que no se sacia
y que si mucho la das
más te pide y más se traga?
¿Cómo sin faltarme á mí
puedes tú jugar á faltas?

ANA. ¡Por Dios!

EMILIO. ¿No sabes que todo
el que juega no descansa?

Si duerme, sueña en el juego,
y cual sediento con agua,
¡sueña que bebe y no bebe!
¡sueña que gana y no gana!
¿No sabias todo esto?
Respóndeme: ¿por qué callas?
En fin, ¿nó sabes que el Código,
conjunto de leyes sábias,
impone penas muy duras
al tahur; y si le atrapan
lo conducen á una cárcel,
donde mil tormentos pasa?

ESCENA V

Dichos. ADELA.

ADELA. ¡Ay! ¿Pues cómo estás tú aquí? (A Emilio)
EMILIO. Estoy porque... (Furioso.)
ADELA. ¡Dilo, acaba!
EMILIO. Porque soy un caballero:
¿lo entiendes?
ANA. (¡Por Dios!) (A su hermana.)
EMILIO. Y basta
de estúpidas transacciones
que mi dignidad rebajan;
porque tú con tu cinismo
y esta con estar callada,
habeis hecho ya imposible
vivir en la misma estancia.
ANA. Pero óyeme...
EMILIO. Nada, hoy mismo
escribiré á Salamanca
y le contaré á tu padre
la verdad lisa y muy llana.
ADELA. Bien hecho, porque nosotras
pensamos llevar la carta.
EMILIO. ¿Que os vais? ¡eso lo veremos!
ADELA. ¿Pues no nos echas?
EMILIO. ¡Ingratas!

ANA. ¡Emilio!
EMILIO. ¡Déjeme usted! (Váse puerta derecha.)

ESCENA VI

ADELA.—ANA.

ANA. ¡Por Dios, escucha! (Quiendo detener á Emilio.)
ADELA. ¡Ten calma!
ANA. Nó, no callo más.
ADELA. Pues bueno;
vé y arrójate á sus plantas
y dile que se equivoca,
que todo esto es una farsa,
que eres lo que siempre has sido,
en fin, que eres una santa;
y aunque jures y perjures
y aunque en llanto te deshagas,
ni él hará caso de tí
ni creerá en tus palabras.
ANA. Pero ¡Dios mio! ¿qué hacer?
ADELA. Lo que ya te he dicho: aguarda
á que venga don Torcuato
y verás cómo se aclara
todo esto en un minuto.
ANA. Sí, sí... espérale sentada.
Buen rato ha llevado el pobre
para que le queden ganas
de volver.
ADELA. Pues volverá.
Antes de que se marchara
ayer tarde, le exigí
la promesa de...
ANA. ¡Bobada!
ADELA. Pues vendrá, te lo repito,
y vendrá hoy por la mañana.
¿Te olvidas que el muy pobrete
supone que estoy prendada
de su figura?...
ANA. No obstante...

ADELA. (Que se ha dirigido al balcon y mirado por él á la calle.)
¿Ves como no me engañaba?
Allí está.

ANA. ¿Quién? ¿Don Torcuato?

ADELA. El mismo que viste y calza.

ANA. ¿Le dijiste que á esta hora?

ADELA. Yo nó... pero por las trazas,
el amor no le ha dejado
dormir... (Casi estoy tentada
de... Sí; cuanto antes mejor.)

ANA. (Viendo que su hermana ha abierto las persianas y que agita un pañuelo.)
¿Qué haces?

ADELA. Abrir las persianas:
le dije que no subiera
hasta que yo le avisara.

ANA. Pero ¿estás loca?

ADELA. Ya sube.

ANA. Adela, yo estoy en áscuas.
Todo esto, aun cuando es fingido,
la dignidad lo rechaza,
y hemos hecho mal, muy mal.

ADELA. ¡Y dale! ¡Ya estás pesada! (Como incomodada.)

ANA. ¡Perdóname!

ADELA. No te niego
que en esta ruda batalla
hemos avanzado mucho;
pero, hija, el refran lo canta:
«nunca mucho costó poco,»
y sabes que la ganancia
ha sido grande.

ANA. Eso sí.

ADELA. ¡Son recursos de quien ama!

ESCENA VII

Dichas y D. TORCUATO foro derecha.

TORCUATO. Señoras...

ADELA. ¡Oh! Pase usted...

pase usted, y muchas gracias
por su obediencia sin límites.

TORCUATO. Señora, hablemos en plata:
yo no he pasado en mi vida
horas tan desesperadas
como las que han trascurrido
desde que pisé esta casa.
Yo he sufrido tres encierros,
yo escuché mil amenazas
y me he expuesto á que dos tigres
se comieran mis entrañas...
Porque esos dos caballeros
son dos tigres de Bengala.
Yo no he pegado mis ojos
en esta noche pasada,
y esta es la razon por que,
apenas despuntó el alba,
me he encontrado en esta calle
como traido por máquina.
Yo no pensaba volver,
sin embargo, á esta morada,
y si he tenido valor
esta vez para pisarla,
es debido solamente
á los celos que me abrasan.

ADELA. ¡Celos! ¿De quién?

TORCUATO. ¡De su esposo!

ADELA. ¿De mi esposo? ¡Vírgen santa!

TORCUATO. Dígame usted: ¿su marido
fuma?

ADELA. Sí.

TORCUATO. ¿Y usa petaca?

ADELA. ¡Claro!

TORCUATO. ¿Se llama Zurita
de apellido?

ADELA. Así se llama.

TORCUATO. ¿Y tiene un lunar aquí... (Señalando)
quiero decir, en su cara?

ADELA. Sí, señor.

TORCUATO. (¡Él es! ¡él es!

¡Oh! ¡Tomaré la revancha!)
Señora, usted, segun dijo,
se encuentra muy ultrajada
por su esposo... ¡yo tambien
deseo tomar venganza!
¡Venguémonos!

ADELA. ¿Cómo?

TORCUATO. Amándonos.

ADELA. Basta, señor mio, basta.

ANA. Pero ¿qué dice este hombre?

ADELA. Usted no sabe lo que habla;
y si perdono la ofensa,
lo hago solamente en gracia
á la série de disgustos
que llevó por nuestra causa.
Usted vino aquí engañado,
pues la viuda que buscaba...

TORCUATO. Sí, señora, lo sé todo;
sé que esta misma semana
se ha mudado de este cuarto.

ADELA. Amigo, usted con su charla
no me dió tiempo á decirle...

(Aparece Miguel por la puerta del foro.)

MIGUEL. ¡Santo Dios!

TODOS. ¿Eh?

TORCUATO. No se vayan (A las señoras.)
ustedes.

MIGUEL. ¡Dejadnos solos!...
¡Salid!

ADELA. (¡La verdad le salva!)
(A Torcuato bajo y rápido.)

ESCENA VIII

D. TORCUATO.—MIGUEL.

TORCUATO. (¡Yo te haré que te refrenes!)

MIGUEL. Ahora sígame usté. (Torcuato quiere hablar.)
¡Silencio! (Antes cumpliré...)
¿Emilio? (Llamando.)

EMILIO. ¿Qué? (Saliendo.)
MIGUEL. ¡Ahí le tienes!

ESCENA IX

Dichos.—EMILIO.

EMILIO. Hombre, celebro de veras
hallarle otra vez á tiro.
TORCUATO. ¿Eh?
EMILIO. Te ha indicado Ramiro...
MIGUEL. No tal: dile cuanto quieras.
Yo aquí, mero espectador,
ni aun despegaré mis lábios,
porque exigen mis agrávios
una explicacion mejor.
TORCUATO. Pero...
MIGUEL. ¡Que no quiero hablar
con usted una palabra!
Veremos si ahora hay quien le abra
la puerta para escapar.
TORCUATO. Yo daré á ustedes, cual debo,
explicaciones...
EMILIO. Al punto.
MIGUEL. Termina pronto tu asunto,
que enseguida me lo llevo.
TORCUATO. ¡Señor mio!
MIGUEL. No alborote
y siéntese usted ahí.
TORCUATO. (¡Nada, disponen de mí
como si fuera un monote!)
Usted que mejor parece, (A Emilio.)
mis disculpas oirá.
EMILIO. Acusado, el juez hará (Grave.)
la justicia que merece
su criminal proceder.
TORCUATO. ¿Criminal? Nó, no hay razones.
EMILIO. No me haga usté observaciones
y comience á responder.
¿Cuántos años usted cuenta?

TORCUATO. (¡Pero estos hombres son locos!)
Treinta y cinco.
EMILIO. ¡Eh!
TORCUATO. Si son pocos,
por mí me pondré noventa.
EMILIO. ¿Qué intencion trajo á esta casa?
La verdad clara y desnuda.
TORCUATO. Vine buscando á la viuda
del brigadier Bala-rasa.
EMILIO. ¿La que se mudó de aquí?
TORCUATO. Sí, señor, el otro dia;
cosa que yo no sabia
hasta ayer cuando salí.
EMILIO. Y á propósito: ¿se sabe
cómo y por dónde ha salido?
MIGUEL. ¿Supongo que no habrá sido
por el ojo de la llave?
TORCUATO. Nó, señor.
EMILIO. ¿Pues de qué treta
para escapar se valió?
TORCUATO. La criada me sacó
por una puerta secreta
que creo se comúnica
con ese cuarto de enfrente.
MIGUEL. ¿Con el mio?
TORCUATO. Justamente.
EMILIO. Entonces así se explica
el hallar á don Simon.
TORCUATO. Todo esto ha sido una farsa
en la que he hecho yo el comparsa.
MIGUEL. (¡Este mozo es un bribon!)
EMILIO. (O un tontuelo sin malicia.)
MIGUEL. (¡Me hace gracia tu paciencia!)
TORCUATO. Probada ya mi inocencia,
reclamo á mi vez justicia.
MIGUEL. Está usted en un error,
porque yo no le he creido.
TORCUATO. Señor juez, justicia pido.
EMILIO. ¿Contra quién?
TORCUATO. Contra el señor.

MIGUEL. ¿Contra mí?

TORCUATO. Sí, caballero.

MIGUEL. ¡Ea! basta ya de engaños.

TORCUATO. En la calle de los Caños,
número treinta, tercero...

MIGUEL. ¿Cómo?

TORCUATO. Habita una señora...

MIGUEL. ¡Silencio!

TORCUATO. ¡No callaré!

MIGUEL. (¿Cómo sabe este?...)

TORCUATO. ¿Por qué
no me desmiente usté ahora?

MIGUEL. ¡Que le rompo á usted el alma
si oyen esa relacion!

TORCUATO. Bien, bajaré el diapason;
pero escúcheme con calma.
Esa engañosa sirena
de mirada tan ardiente,
astuta cual la serpiente,
con un corazon de hiena,
estaba ligada á mí
por lazos...

EMILIO. ¡Puf!... (¡Te has lucido!) (Riendo.)

MIGUEL. ¡Cómo! ¿es usted su marido?

TORCUATO. ¡Yo soy su marido, sí!

EMILIO. ¡Puf!

TORCUATO. Sí, sí, ríase usté,
¡búrlese de mi desgracia!...

EMILIO. Hombre, yo... (¡Puf! ¡Tiene gracia!)

TORCUATO. Sí, señor, yo soy el que,
de mi buen nombre en desdoro,
—sin saber lo que eran celos—
compraba los caramelos
de la «Colmena de Oro.»
Yo soy el que aquella ingrata
trató como á presidiario;
¡yo le daba un real diario
al bribon de la *Traviata*!

EMILIO. ¿Pagaba usté al mensajero?

TORCUATO. Sí, señor; porque la infiel,

para arrojarle el papel
me pedia á mí el dinero.
¿Concibe usted, la verdad,
que haya tan inícuos séres?
¡Le digo á usted que hay mujeres...

MIGUEL. (¡Tambien es casualidad!)

TORCUATO. ¿Y aún se atreve ¡por quien soy!
ese señor á insultarme?...
¡y aún pretenderá matarme!...

MIGUEL. ¡Vaya!...

TORCUATO. ¡Más muerto que estoy!...

EMILIO. Pero...

TORCUATO. «Yo la amaba, sí;
mas con lo que habeis osado,
imposible la hais dejado
para vos y para mi.»

MIGUEL. ¿Va usté á hacer ahora el Tenorio?

TORCUATO. ¡Nó: lo que yo he estado haciendo
es el Cristo!...

EMILIO. ¡Puf!

TORCUATO. ¡Y sufriendo
las penas del purgatorio!

MIGUEL. ¿Y usté á mi esposa asedió
para vengarse de mí?

TORCUATO. Merecia usted que sí...
pero lo cierto es que nó.

MIGUEL. ¿Y quién le pudo contar?...
porque aunque sea muy listo...

TORCUATO. Las escenas que aquí he visto
me empezaron á escamar.
Fuí á ver á Adela...

EMILIO. ¡Es chistoso!

TORCUATO. Y á poco rato sonó
la *Traviata:* me pidió
el real: entónces furioso
arrebatéla el papel,
ví su delito palmario,
registré bien en su armario...
y esta petaca de piel (Mostrándole la que habrá sacado del bolsillo.)
explicarle más me evita.

EMILIO. ¡Déjeme usted que me asombre!
¿De piel? (Burlándose.)
TORCUATO. Justo.
EMILIO. ¿De piel?
TORCUATO. ¡Hombre,
hay muchas que son de pita!
Yo supongo, caballero,
que usted no osará decir.
MIGUEL. Nó, señor, no sé mentir.
TORCUATO. Porque tiene tarjetero...
MIGUEL. Bien; termine esta cuestion,
y puesto que no hay manera,
elija el arma que quiera.
EMILIO. ¡Miguel!
MIGUEL. ¡No hay apelacion!
TORCUATO. Yo me doy por satisfecho,
pues tambien me vengo así,
con hacer ambos allí
la escena que aquí hemos hecho.
Va usté á verla: yo furioso
subo y les sorprendo...
MIGUEL. ¿Eh?
¿Es decir que piensa usté
que vaya yo á hacer el oso?
TORCUATO. ¿No le he hecho yo? De esa suerte
Adela me deja en paz;
porque si no, es muy capaz
de perseguirme de muerte.
Si es ó nó justo mi intento
que lo diga el señor juez.
EMILIO. (Acepta por esta vez
y date por muy contento.)
MIGUEL. ¡Es que si bien se repara,
tambien yo estoy ofendido!

ESCENA X

Dichos ANA y ADELA.

ADELA. Pues si aún no estás convencido,
fíjate bien en mi cara.
MIGUEL. ¡Adela!
ADELA. No mira así
la mujer que es cual nosotras.
TORCUATO. (Eso segun... porque hay otras...)
ANA. ¿Y tú dudas aún de mí? (A Emilio.)
EMILIO. Yo no quisiera dudar
de tu puro corazon;
pero, hija, aquella leccion
y el lenguaje singular
que usaste...
ANA. Sí, sí.
EMILIO. ¡Confiesa
que escamara al más bendito!
ANA. Lo aprendí en este librito
que estaba sobre la mesa.
(Mostrando uno que trae en la mano.)
EMILIO. «Manual del jugador.»
(¡Que haya estado yo tan ciego!)
ANA. ¿Qué haces? (Viendo que lo arroja al fuego.)
EMILIO. Arrojarle al fuego,
que ese es su sitio mejor.
MIGUEL. ¿Y la *guayaba?* ¿Y el *coco*,
(A Adela y como continuando la conversacion.)
y el organillo y la cita?
ADELA. Pues todo eso...
MIGUEL. ¡Quita, quita!
ADELA. Ven aquí, no seas loco.
De tu labio lo escuché
cuando á Emilio le contabas
cómo te comunicabas...
MIGUEL. ¡Ah!
ADELA. Y estas cartas que hallé,

me acabaron de explicar...
(Mostrando las que trae en la mano.)

MIGUEL. ¡Basta! ¡Perdona á un infame!
ADELA. ¡Bah!
MIGUEL. Dame esas cartas, dame,
que las quiero yo quemar.
TORCUATO. (Merece aquella coqueta
verse aquí tan despreciada.)
EMILIO. Y decidme: no es por nada,
pero... ¿y esta papeleta
que yo hallé de un medallon?
ADELA. Yo ese destino le he dado...
como estaba tan manchado...
MIGUEL. ¿Manchado?
ADELA. (Con la intencion.)
EMILIO. ¿Y ese baile á que habeis ido?
ANA. ¡Sí, buen baile te dé Dios!
Mientras dormíais los dos,
en casa le hemos leido.
EMILIO. ¿Leer?
ADELA. ¡No ha sido mal chasco!
MIGUEL. ¿Qué baile ó qué amiga es esa?
ADELA. «El baile de la condesa.»
EMILIO. ¡Ah! sí, una amiga de Blasco.
ANA. Ea, todo se acabó
y pelillos á la mar.
ADELA. Sí.
ANA. ¿Volverás á jugar?
EMILIO. Mira... no digo que nó.
(Con la intencion que el actor comprende demasiado.)
TORCUATO. (Estos señores no ven...)
(Emilio y Miguel estrechan respectivamente á las dos.)
MIGUEL. ¡Qué buenas!
EMILIO. ¡Qué cariñosas!
TORCUATO. (No puedo ver ciertas cosas.)
¡Que ustedes lo pasen bien! (Medio mutis.)
TODOS. ¡Ah!
MIGUEL. ¿Amigos ó enemigos? (Tendiéndole su mano.)
TORCUATO. ¡Amigos! (Si no me mata.)
EMILIO. Ha perdido usté una ingrata

y ha ganado cuatro amigos.

ADELA. Hacer como hacen... no tanto
que sólo el pensarlo espanta;
pero es difícil ser santa
cuando el hombre no es un santo.
Y pues somos vuestro encanto,
que el fuerte la lucha evite
y nunca nos precipite
con ciega y loca manía.
Porque ¡ay de todos! el dia
que buscamos el *Desquite*.

FIN.

ZARZUELAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Prop. que corresponde
Arriba y abajo........................	1	Sres. Granés, Navarro y Reparaz.........	L. y M.
Artistas á cala.......................	1	D. Cárlos Mangiagalli..	M.
Dos Tenorios del dia..................	1	Sres. Bolumbar y Rubio.	L. y M.
El mejor postor.......................	1	D. R. L. P. de Guzman.	L.
Los feos..............................	1	D. M. F. Caballero.....	M.
Los sietemesinos.	1	Cárlos Mangiagalli..	M.
Quien no tiene padrino................	1	Sres. Sanchez y Rodrig.	L. y M.
Una corrida de toros por Costillares. ..	1	Sala Julien y Siguert.	L.
Teoría y práctica.....................	2	D. E. Zumel y Taboada.	L. y M.
La farsanta...........................	3	M. F. Caballero. (*Mit.*)	M.
Los amores de un Principe............	3	Sres. S. Julien y Siguert.	L. y M.
Mantos y capas........................	3	J. Santero.........	L. y M.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, núm. 7; de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9; de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol, núm. 14; de los *Sres. Simon* y *Osler*, calle de las Infantas, núm. 18; de los *Sres. Gaspar*, editores, calle del Príncipe, núm. 4, y *D. Eduardo Martinez*, calle del Príncipe, núm. 25.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los Corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, número 94.—Lisboa.

FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné*.—15, Rue Monsigny, Paris.

ALEMANIA.

Mr. Wilhelm Friedrich, editeur, Leipzig.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.